

OBJETOS SENCILLOS QUE TIENES EN CASA...



OBJETOS SENCILLOS QUE TIENES EN CASA...

BY PILS





PRESENTACIÓN

¿Te imaginas todo lo que puedes hacer con un sencillo lápiz de madera?, ¿Un sofá blanco?, ¿Una cuchillo?, ¿Un tenedor?, ¿Una almohada?, ¿Una pastilla de jabón?, ¿Un cafetera?, ¿Un salero?, ¿Una nevera?, ¿Un colchón?... Elige un objeto y deja que ocurran cosas...locas, divertidas...especiales. Son solo "Objetos Sencillos que tienes en casa"... ; -)



UN SENCILLO LÁPIZ DE MADERA.

Me encontré la cajita en la puerta de casa. Era de un cartón sencillo y llevaba una simple etiqueta blanca con la palabra “SoulEraser”. No parecía peligrosa pero sí que me resultó muy raro encontrar un paquete en el felpudo del IKEA (no me había podido resistir a lo de “Bienvenido a la República Independiente de Mi Casa”). Así que primero me agaché, alejada del paquetito y leí la etiqueta. Me acerqué un poquito más, pero no observé nada extraño. Me incorporé y le di un golpecito con el pie. Comprobé que era liviano y sentí una especie de alivio interior. Ya más confiada, la cogí y la agité . Había algo poco pesado que hacía un ruidito especial. Desde luego, no era metálico. Lo agité un poco más, situándolo cerca de la oreja y de una forma ya confiada, decidí que lo abriría en casa , que no era peligroso.

En el interior, protegido por un papel esponjoso, había un sencillo lápiz de madera con una punta de goma de borrar. Lo miré por arriba y por abajo. Le di la vuelta, toqué la goma y presioné la mina de carbón. No parecía nada más que un sencillo lápiz de madera como los de toda la vida pero , en vez de poner *Staedtler*, allí , en letras marrones, habían grabado *SoulEraser*.

Lo dejé en un tarrito en el que iba acumulando lápices y bolígrafos , olvidado entre sus amigos de colores, hasta que un día lo cogí , distraídamente, para tomar nota de un teléfono. Se quedó por allí encima y , esa misma tarde, me vi inmersa en una larga charla telefónica con una compañera de trabajo en la que me informaba de las últimas noticias de la empresa.



Yo optaba a una promoción interna que estaba segura que no me iban a dar, ya que mi rival era la mano derecha (y se decía que más cosas) del jefe de departamento que iba a tomar la decisión. Mientras escuchaba los cotilleos, iba dibujando tontamente. Pelo largo, ojos saltones... Sin querer, me iba saliendo una caricatura infantil de mi archi-enemiga laboral(lo mío no había sido nunca el dibujo) .

Cuando colgué el teléfono y vi mi obra de arte, no se me ocurrió otra cosa que empezar a borrarla. Le di la vuelta al lápiz y froté el papel hasta que se llenó de migas de goma que después tuve que sacudir de mis pantalones. Después lo arrugué y lo tiré a la papelera.

Al día siguiente, mi competencia directa para optar al ascenso había desaparecido de la faz de la tierra. Nadie sabía nada de ella. No-Nadie-Nada.

No diré que no me apenara aquella extraña situación pero ya aposentada en mi nuevo cargo en el Departamento, tampoco es que me preocupara mucho lo que le había pasado a aquella mujer. Pero, a menudo, cuando pensaba en ella (no podía controlar el discurrir de mis pensamientos), mi cerebro conjuraba la imagen de aquel dibujo grotesco ...

Unos meses más tarde, me encontraba sentada en la mesa de la cocina tras una pelea con mi novio. Era domingo y él se había ido al fútbol con los amigos. Lo de “ir al fútbol” era un concepto muy amplio temporalmente : por la mañana, se iba a jugar con los amigos. Por la tarde, iba a ver el partido y por la noche, se tomaba unas cervezas viendo la repetición de las mejores jugadas... Después de media liga, Copa del Rey y Champions, la cosa había estallado... Irritada y aburrida, con una taza de café en mis manos y leída ya toda la prensa del día, empecé a juguetear con un papel y el “sencillo lápiz de madera” que seguía estando rodando por mi encimera.



Dibujé su cabezota calva , el horrible bañador de flores (tipo hawaiano) , la forma abultada de las pantorrillas y el tatuaje que se había hecho en el tobillo (en un ataque Ibiza-Gilipollas) del escudo de su equipo de fútbol. El dibujo, una vez más, representaba una figura grotesca de trazo no muy delicado. Me di cuenta que lo de dibujar mal era poco calificativo para mí. Lo mío era “tremendo”. Así que, le di la vuelta al lápiz y... a borrar.

Mi novio no volvió jamás a casa. Nadie lo vio tras el partido. No-Nada-nadie.

Identificado el “causa-efecto” me di cuenta que tenía un poderoso y sencillo lápiz de madera con la punta de goma de borrar.

Y podía borrar a las personas...

Así que ,me dediqué a dibujar *a muchos* y *a muchas* ya *borrarlos* con especial dedicación. Es posible que si el lápiz hubiese caído en otras manos dibujantes, la cosa hubiese sido distinta pero ... me llegó a mí. Al felpudo de mi puerta.

Soy una persona muy volátil. No soy malvada pero sí un poco inestable. Lo que pasa es que lo disimulo muy bien. Si me cabreas, te dibujo y te borro. Lo que pasa, es que no soy rencorosa y después, me sabe mal haberlo hecho. Si las personas no se borraran de verdad, no pasaría nada. Serían papelitos arrugados en mi cubo de la basura pero resulta que tengo *el sencillo lápiz de madera* y ...yo...puedo borrar.



Mi madre me criticó por mi actitud cuando mi novio desapareció. Me llamó indecente por haber salido a tomar unas copas con mis nuevos compañeros de trabajo (los que no interesaban, ya habían sido borrados de mi vida) así que la dibujé y la borré. Hice lo mismo con mi mejor amiga cuando me acusó de estar desequilibrada y obsesionada con mi sencillo lápiz de madera.

Borré y borré hasta que dejé *el sencillo lápiz de madera* con la goma de borrar en las últimas. Y con esto llego a hoy. Al ahora mismo.

Estoy sola. Completamente sola. Borrando y borrando se me ha ido la mano y ya no queda nadie reconocible en mi entorno. Nadie con quién compartir los recuerdos. No-Nada-Nadie. No quiero seguir aquí. No hay nada. No hay nadie...

Así que te tomado una decisión y he decidido borrar...

(...)



UN SENCILLO SOFÁ BLANCO.

Encontré el sofá el lunes pasado por la noche. Lloviznaba suavemente ... Tan delicada era la lluvia que parecía no mojarte pero la leve capa de agua que escapaba del cielo, estaba muy, muy fría. No había sido buena idea bajar la basura a aquella hora de la noche , en pijama y con las zapatillas mullidas de estar por casa...pero de eso, me di cuenta más tarde. Mucho más tarde.

Fueron escasos los minutos que invertí en depositar mis escombros en los recipientes adecuados .Mi espíritu reciclador (Reciclator, era cómo lo llamaba en mi intimidad interior) me ayudaba a realizar un exhausto proceso selectivo de todos mis deshechos y llevaba mis bolsas ya clasificadas para tal menester. La última bolsa a depositar era la del papel, y para ello tenía que desplazarme en línea recta, los diez metros que ocupaban cada uno de los containers de cada una de las cosas que debíamos separar para su reciclado... Aceites, pilas, vidrio, papel, plástico , orgánico, cápsulas de café, spray...

Los lunes, a partir de las nueve de la noche, se podían sacar todos los muebles y trastos viejos, ya que había un servicio de recogida habilitado para todo el vecindario. Normalmente, me encontraba con ese triste espectáculo del colchón lleno de manchas de origen desconocido (o mejor , desconocerlo), o ese mueble de fórmica desconchado, o una silla de mimbre desechara... pero, esta vez, lo que vieron mis ojos fue un imponente sofá de tres plazas que parecía brillar a la luz de la luna.

No sé si serían las gotitas de agua , ya escarchadas sobre la tapicería o mi imaginación que me jugó una mala pasada, pero el sofá , brillaba. Te lo juro. Me atraía como un imán...Al acercarme y observarlo con detenimiento, pude comprobar que no tenía ningún desperfecto y que ni siquiera el color blanco deslumbrante se veía mermado.



¿Quién tiraría un sofá nuevo, por Dios?. Pensé en mi pobre armatoste del IKEA , lleno de manchitas irrecuperables y pequeños surcos allí donde mi cuerpo lo había moldeado y en , ese momento, Reciclator, mi férreo espíritu reciclador, apareció con toda la furia que poseen los espíritus furiosos. No es una redundancia... es mucha furia.

Esa es la única explicación posible para que yo sola pudiera cargar el sofá de tres plazas y entrarlo por la puerta de mi casa (ya sé que vivo en la primera planta pero...¿Tú has visto ese sofá?). El Reciclator me dio fuerzas divinas y no sólo dejé el sofá en mi salón, precioso y brillante si no que bajé mi pobre dos plazas (color marrón chocolate) y lo dejé en la zona de los trastos viejos.

Lo estaba admirando, felicitándome por mi buena suerte y apreciando lo bien que quedaba frente a mi televisor. Estaba empapada y dejando un charco de agua , gracias al poder de absorción de mis mullidas zapatillas de estar por casa. Me daba miedo acercarme al sofá para no mancharlo... Entonces apareció mi gata, dándome la Bienvenida tras la expedición nocturna de “*Tirar la basura y encontrar un sofá*”.

Se detuvo al ver aquel objeto que no le era familiar, en el centro de nuestro salón. Lo olió, recorrió su perímetro, lo volvió a oler... Entonces toda ella se arqueó dramáticamente y dejó que su suave pelaje se levantara , en plan puerco espín. Y mira que eso es raro. *Missy* es (perdón, era), una gata amistosa y muy cariñosa. Nunca se había mostrado así ante nadie ni nada ...



Bueno, miento. Una vez me dejaron al cuidado de un amable cachorro de pastor alemán , durante apenas 48 horas y *Missy* (nunca he sido original para esto de los nombres, lo sé) se volvió loca pero... nunca más, la verdad. Eso me tenía que haber hecho sospechar pero... ¿Cómo iba a pensar yo...? ...

La cogí en mis brazos y acaricié su cabecita peluda. – *Tranquila , solo es un nuevo sofá* – le murmuré al oído...

Esa fue la última vez que la toqué...¡Pobre *Missy*!.

Ya con la urgencia de sacarme el pijama y las chorreantes (y mullidas zapatillas), la lancé suavemente al centro del sofá blanco y brillante .Y , ¿qué pasó?... Se oyó un gran “Flop” y *Myssy* desapareció como engullida por el maldito sofá.

No te puedes imaginar que espanto. No me saco ese “Flop” de la cabeza.

Grité su nombre pero el sofá no me devolvió a *Missy*. Aterrada, cogí un libro que tenía encima de la mesa. No te creas que uno cualquiera... Era el tocho de los “Pilares de la Tierra”. Bien grande y hermoso...y visible. Lo tiré al sofá y ¡desapareció!. Lancé un cenicero, un jarrón de Murano (especialmente feo . Ese que me había regalado mi cuñada), el mando de la tele (si ya sé que eso fue una estupidez) y , por fin, las chorreantes y mullidas zapatillas... El sofá se lo zampó todo. No dejó ni las migas...



¿Entiendes ahora por qué te llamo pidiéndote ayuda? Llevo una semana en una habitación de hotel, esperando que llegue de nuevo el lunes y pueda volver a sacar el sofá maldito del salón de mi casa...

Sólo se pueden tirar los trastos viejos el lunes por la noche y yo sola, no podré sacarlo...
¿Puedes venir a ayudarme?...



UN SENCILLO CUCHILLO Y SU TENEDOR.

Ya sé que pensaréis que padezco algún tipo de obsesión. Sin conocerme, igual me tildáis de maniática, o neurótica, o esas otras etiquetas que utilizáis cuando algo no se ajusta a los parámetros normales. Pero a mí me da igual. Siempre he creído que nadie puede medir la normalidad. ¿Cómo van a hacerlo si todos somos diferentes?...

Mi diferencia, lo que me aparta de ese patrón de los seres humanos normales, es algo que no hace daño a nadie. Ni siquiera a mí misma. Al contrario, me reconforta. No entiendo por qué mi cuñada me mira de esa forma tan extraña cuando me apresuró a ubicar la pila de revistas de decoración, en el lugar exacto de la mesita de centro. ¡Me encanta la decoración!

Colecciono todas las publicaciones sobre el tema y me encanta dejar unos ejemplares con lo que más me ha llamado la atención en mi preciosa mesa de centro (es una antiguo telar restaurado). Mis cosas, deben estar situadas en las coordenadas exactas. En los lugares correctos. Soy yo la que determina cual es la posición de las revistas, los platitos incas, el jarrón japonés, las velas aromáticas, el mando de la televisión... Mis libros están ordenados por orden alfabético del autor y con un sub-orden por tamaño del ejemplar para no desequilibrar la armonía de la estantería... Mis víveres están clasificados por tipo y fecha de caducidad y todas las latas y envases deben situarse con las etiquetas en la zona frontal.

Todos los objetos están en dónde deben estar en *La República Independiente de Mi Casa*. Y cómo bien dicen los señores de IKEA, mi casa es m-i c-a-s-a y si quiero tener el cajón de la lencería ordenado por tonos cromáticos y ocasiones de uso (para diario, para sexo, para la regla, para ir ceñida, para el gimnasio,...), lo tengo. Y punto. ¿Qué más da?



Así que cuando llega mi cuñada, de exuberantes piernas rematadas por tacones que joroban mi parquet y se sienta en mi sofá, no sin antes lanzar los cojines (que le molestan) aquí y allá, debo contar hasta diez para no volver a colocarlos en su sitio.

Cuando se pone a manosear mis revistas que deja por encima de la mesa, encima de los platitos incas, me sumo en un estado zen para no lanzarme sobre ellas (las revistas) y volverlas a apilar en la esquina derecha del cuadrante inferior... Nunca consigo que esas técnicas de relajación surjan efecto y acabo marcándola de cerca (a mi cuñada), reubicando todos los elementos y sintiendo su mirada de “estás como una cabra” en mi nuca.

Y este extraño día que estoy pasando, me hace pensar que mi cuñada puede estar en lo cierto. He perdido la chaveta en algún lugar del camino... Todo ha empezado esta mañana. He abierto el cajón de la cubertería para coger la cuchara de dimensiones perfectas para mi cappuccino, cuando he observado que había un tenedor en el compartimento de los cuchillos. ¿Qué hacía un t-e-n-e-d-o-r en el lugar de los c-u-ch-i-ll-o-s.? Es más, ¿Qué hacía un cubierto mal puesto en mi cajón de mi cocina? Inmediatamente, he alargado la mano para coger el tenedor y ponerlo en el lugar correcto. He notado un leve tirón y una cierta resistencia por parte del tenedor, así que me lo he puesto a la altura de los ojos y lo he observado con atención. Lo he agitado en el aire y he comprobado que todo era normal. Cuando lo he dejado en el cajón, me ha parecido que el cuchillo se había desplazado hacia la derecha, así que también lo he colocado bien. Al cerrar el cajón, he oído unos sollozos tristes y desesperados. He mirado hacia el televisor, que creía que estaba apagado. Y lo estaba. Los sollozos se habían convertido en un llanto desgarrado y provenían del cajón. Parecía increíble pero...abré el cajón y el llanto cesó de repente.



El tenedor había avanzado posiciones y ya estaba con las cucharas. El cuchillo se había desplazado hacia el extremo del compartimento. *¡Qué raro!* pensé en ese momento. *Me habré equivocado al ponerlo antes* -me dije mientras volvía a poner el tenedor rebelde con los otros tenedores...

Estaba dejando mi taza, perfectamente limpia, en la estantería de las tazas de por la mañana, sección colores fríos (me había decantado por la azul), cuando escuché unos quejidos entrecortados... y el llanto, de nuevo.

Abrí el cajón y se hizo el silencio. El maldito tenedor, había quedado perpendicular al hueco de las cucharas y los otros tenedores. Me enfurecí. El tenedor, por lo que fuera, se rebelaba al orden pre establecido. Me prometí concederle una última oportunidad (dijo el maestro Zen) y lo coloqué con una fuerza superior a la que era necesaria, en el puto compartimento de los putos tenedores. Y cerré el cajón con delicadeza, para evitar posibles desplazamientos no deseados.

Y venga el lloro... He pasado el día intentando olvidar el episodio del tenedor. He ido a comprar al mercado del barrio y cuando he llegado a casa, me he visto obligada a entrar en la cocina. Tenía que colocar los productos frescos en las repisas del refrigerador correspondientes (las había etiquetado con mi Dymo) y no podía romper la cadena de frío. Me he sentido aliviada al comprobar que sólo se oía el zumbido de la nevera. He organizado mi compra y he necesitado un cuchillo para cortar la malla de las naranjas. Cuando he abierto el cajón: ¡El tenedor con los cuchillos!



Si en algún momento se me había pasado por la cabeza que había algo raro en el cajón de mi cubertería, ahora se veía confirmado.

El tenedor se movía-autónomamente-por el cajón.

Pero lo que más me impactó de este descubrimiento, no es que se moviera... No. Lo más importante era que rompía mi estructura del orden de mi casa ("casa" incluye el cajón de la cubertería). Para comprobar mi teoría de que el tenedor tenía vida propia, lo cogí, le dije "Ahora verás" y lo puse en su sitio. Fue cerrar el cajón y oír los sollozos. Abrí el cajón y cogí, de nuevo, el tenedor insumiso, lo miré con asco y lo tiré al cubo de la basura. Alguien lloraba, cada vez con más fuerza, en mi cocina. .. Tenía que acabar con él. Bajé la bolsa de basura y la tiré al container. Satisfecha con mi acción de pura venganza (hacia el tenedor) entré en la cocina. Ya no era un lloro, eran alaridos desgarradores... No entendía nada. ¿No había exterminado al tenedor?

Abrí el cajón y...tengo que ir más rápido. No me quedan fuerzas y el tiempo se acaba, por lo menos para mí. Me he extendido demasiado explicando cómo he llegado hasta aquí y por qué tengo un cuchillo viviente (que no para de llorar desconsoladamente) clavado en mi pecho.

Ha sido un crimen pasional. El cuchillo y el tenedor se amaban locamente y no podían soportar estar separados. El exilio forzoso al que condené al tenedor, despertó al monstruo interior del cuchillo, que se abalanzó sobre mí y se ha quedado insertado en el centro de mi corazón. Mi final, está siendo mucho más terrible ya que el cuchillo solloza, grita y llora por su tenedor perdido.



El llorón era el cuchillo...

Noto que esto ya se acaba... Por lo menos, dejaré de oír a este cuchillo quejica...

Yo lo único que quiero, en estos segundos de lucidez, es dejar clara mi última voluntad.

Que este cuchillo sea entregado, como herencia, a mi cuñada. Gracias.



UNA SENCILLA ALMOHADA.

Los que duermen sin ella, no entenderán la importancia del gesto que hice al donarla. *Por el bien de la humanidad*, me dije. Y , claro, el concepto de *humanidad* es tan trascendente que no hubiese podido dormir (con almohada o sin almohada) durante el resto de mi vida si no hubiese compartido los dones de la mía...

Curiosamente, ahora que ya no la tengo, empiezo a sospechar que la cabeza que se apoya, también es importante en la ecuación pero... dejad que os explique un poco esto de la almohada.

Mi vida estaba anclada en una cierta normalidad, hasta que descubrí a mi mujer (siete años de feliz matrimonio!), refocilándose en mi cama, con un tipo alto y moreno. No quiero entrar en detalles y es mejor que no lo haga pero sí que quiero incidir en uno en concreto . Cuando abrí la puerta del dormitorio conyugal (había dado la vuelta del camino del trabajo para ir a buscar mi móvil, olvidado en casa, cargándose en la mesilla de noche. Más típico, imposible), la imagen que vi y que quedó grabada en mi cerebro , a cámara lenta, fue la de las manos morenas de aquel hombre, sosteniendo mi almohada e iniciando la acción de “te la coloco bajo el trasero para alzarte las caderas”... Mi mujer, mi almohada, ...mis cuernos.

Nos sepamos (tampoco entraré en detalles) e inicié mi solitaria vida actual en un pequeño apartamento que pude comprar con la mitad de la venta de la casa común. No quise ninguno de los muebles, ni cuadros, floreros o floripondios que me recordarán a la traidora.



Sólo incauté mi colección de música, mis libros, mis utensilios de cocina de calidad chef (espero que el tipo alto y moreno sepa cocinar como yo) y objetos sencillos que eran míos y tenían un valor especial para mí : dos juegos de toallas bordadas por mi madre, con mis iniciales (nunca le había gustado mi ex mujer y se había negado a bordar las suyas), una camiseta del Barça firmada por Ronaldinho y una bola de nieve que compré en Nueva York, en un viaje con mis amigos antes de liarme con la traidora.

Adquirí mis nuevos muebles en IKEA y me dediqué a abrir las cajas que se habían quedado apiladas tras la mudanza. Coloqué los libros, los CD, la bola de nieve... Abrí la última caja y saqué la camiseta, las toallas (¡Qué lista era mi madre!) y... allí estaba , aplastada contra el fondo de la caja, la asquerosa almohada que había sido mía , antes de la traición.

Puedo entender que mi ex la pusiera allí sin mala intención... Casi me lo creo. Soy de ese tipo de ser humano que si no tiene la almohada precisa, justa y exacta, duerme mal, se despierta con terribles dolores de cuello o... directamente no duerme. Y me había costado mucho encontrar “La Almohada Perfecta”... ¡Tantas pruebas, tantas almohadas! Pillow, no pillow; con forma cervical, alargada o en forma de cuadrante, de consistencia baja, media, intensa o dura; de plumas o de látex; aromatizada, ecológica...

Tras muchas noches sin descansar bien había encontrado “La Almohada Perfecta” y *esa* era la que el tipo alto y moreno había utilizado para...en fin, prefiero no conjurar esa imagen. Estoy casi curado. Casi...



Con guantes de látex, le hice una autopsia a La Almohada Perfecta con todo el dolor de mi corazón pero... no pude evitar sentirme extrañamente liberado cuando el cuchillo jamonero rasgaba la última porción de plumas y jirones de tela... Me cargué la almohada...

Así que volví a empezar la búsqueda. El modelo de la tristemente desaparecida almohada, estaba descatalogado y probé otros similares pero nada. Fui a todas las tiendas especializadas que hay en mi ciudad, compré por Internet... Nada.

Un sábado al salir de casa de mi madre (me había llamado sólo para decirme que había hecho cocido) había decidido ir a la mía paseando ya que las lorzas de cerdo que mi madre ponía al puchero se balanceaban en mi estómago.

Al llegar al final de la calle, vi el escaparate de la Colchonería Martínez, del Señor Martínez de toda la vida, con un gran letrero de “Se traspasa. Se liquidan existencias”. El Sr. Martínez estaba en la puerta y me saludó al reconocerme. El barrio ha cambiado, la gente ha cambiado. Todos van a El Corte Inglés a comprar sus colchones y sus almohadas. Y si no, eso de Lo Monaco los convence... me decía el Sr. Martínez meneando la cabeza. Fue decir almohada y despertarse mi ansia : ¿Tiene almohadas en la tienda?

Así fue como salí de allí con una almohada que ya no se fabrica, que el Sr. Martínez guardaba como si fuera un tesoro y que me regaló con una reverencia y una ceremonia que me hizo sentir un poco violento... Más que una almohada parecía que me estaba regalando El Santo Grial, sea lo que sea eso...



Mientras me alejaba, el Sr. Martínez me gritó: *Y no te olvides de consultar todo con la almohada*-ya no sé si lo que siguió fue una risita siniestra o encantadora.

Nuestra primera vez fue mágica. Aquella almohada y yo nos entendimos a la perfección y pude descansar bien por primera vez en mucho tiempo. No era dura , ni blanda. Ni muy alargada ni muy cuadrada... Perfecta. Una vez en mi poder, lo de la almohada dejó de preocuparme hasta que me encontré al Sr, Martínez en el portal de casa de mis padres. Era domingo y había caído una *paella marinera* de quitar el hipo. Mi padre había sido generoso con el cava y no sólo me sentía lleno, también un poco mareado.

El hombre me saludó y me preguntó si me encontraba bien . Le contesté lo habitual, intentando hablar con naturalidad y sin balbucear (que era lo que hice, claro). Entonces, me guiñó el ojo y me dijo : *¿Ya has consultado con la almohada?* Le respondí que *la almohada, bien, gracias* pero él insistió : *Veo que aún no le has consultado nada, chaval. Consulta, consulta.* Se alejó con aquella risita siniestra o encantadora. No lo sé. Ese momento está un poco borroso en mi mente...

Llegué a casa y mi cuerpo me rogó una siestecita. No, más que una siestecita : *una siestaza*. De las de “con pijama y en la cama”. Le concedí su deseo y me hundí en mi colchón ergonómico apoyando mi cabeza en la almohada.

No pude evitar que se me escaparan unas risitas: *Consulta, consulta*-recordé la voz del Sr.Martínez. Aun riéndome (ese cava era excelente), me incorporé, miré la almohada y le dije : *A ver, quiero consultar una cosa con mi almohada...¿Qué te puedo consultar, chata?...Mmm. Ya lo sé! Mañana pasan la porra de la empresa para el partido Barça-Madrid. Qué resultado elijo, almohadita?...* Sí, sé que suena ridículo pero estaba chisposo y me salió así...



A la mañana siguiente, debajo de la almohada había una notita blanca : “3-2” ¿Miedo? No, no sentí miedo. La cosa era tan , tan estúpida que no quise analizar de dónde había salido aquella notita. Sólo sé que aposté por el 3-2 y gané 800 euros que me hicieron bastante feliz... Ya sobrio, la noche siguiente decidí consultar a mi almohada, un problema técnico que teníamos con *una reproducción vectorial de un nisomágrafo de partículas* (olvidé comentaros que soy ingeniero) y, a la mañana siguiente, en vez de una notita había dos folios tamaño Din A-4 con una profusa descripción de los errores de cálculo que habíamos cometido y su corrección... Me temblaban las manos cuando acabé de leer el contenido de aquellas páginas. No hace falta que os diga que conseguimos hacer funcionar el nisomágrafo sin problemas...

Ese día, al salir del trabajo, fui a ver al Sr. Martínez. La tienda ya estaba cerrada y nadie sabía a dónde había ido con el dinero del traspaso. Al llegar a casa, me dediqué a observar la almohada con interés científico. La toqué, la palpé, la escaneé ...Nada la hacía diferente de una almohada normal... Y era tan suave... Y tan perfecta. ¿Qué mal había en tener una almohada con la que consultar tus problemas?

Mi vida ha sido un éxito continuo desde entonces. Todas las decisiones que había tomado, gracias a consultar con la almohada, me han llevado por un camino de gratificaciones, de victorias , de placer... Tengo una pareja estable (estamos embarazados!), amigos de verdad, he ascendido en el trabajo, me he comprado una casita en el campo...Esta vez , mi madre sí que ha bordado las iniciales de mi mujer en las toallas de turno y... todo es maravilloso. No sé qué más le puedo pedir a la vida.



En cambio, en España las cosas cada vez van peor: crisis, desempleo, crisis y crisis.

En uno de esos momentos de autocomplacencia y ante esta plenitud vital que me embargaba, yo que siempre he sido generoso, me dije : *Con lo mal que va el país ¿Por qué no donar mi almohada al gobierno?. ¿Qué mejor lugar que debajo de la cabeza del que toma las decisiones?*.

No fue fácil llegar hasta él . No fue fácil convencerlo pero tuve un golpe de suerte cuando vino a inaugurar el nuevo nisomágrafo de la Universidad donde trabajo.

Me comentó que tenía dolores en las cervicales (el nisomágrafo, entre otras cosas iba a servir para eso) y yo le hablé de la almohada...Le dije que la probará. Una vez. Fuera por mi autoridad en el campo científico (gracias a la almohada) o por lo convincente de mi discurso que el Presidente aceptó que los servicios de seguridad analizaran la almohada y si no había nada raro, iba a dormir con ella. Yo le recordé : *Y consulte, consulte.*

Fue uno de los momentos más dolorosos de mi vida pero sentía que debía hacerlo.

Me separé de la almohada...por el bien del país.

Un mes más tarde, me llegó un mensaje del Gabinete de Gobierno. El Presidente estaba encantado con la almohada de la Colchonería del Sr. Martínez. Al final de la nota el mismo Presidente había escrito de su puño y letra : *Y consulto, consulto...*

Ahora estoy empezando a sospechar que cometí un grave error. Algo está fallando en su funcionamiento. Ha sido “ Consultar a la almohada” y están pasando cosas como bajar las pensiones o limitar la velocidad a 110Km/hora para ahorrar combustible...



El paro sigue subiendo y el gobierno subvenciona el cambio de neumáticos antiguos por los ecológicos...¿Alguna medida para fomentar el empleo,? No. Lo de los neumáticos. Nada.

La almohada está fallando...y la cosa puede ir a peor...

Ya íbamos mal pero ahora, por mi culpa, *consultando a la almohada*, esto se está poniendo raro...

Si alguien conoce al Sr. Martínez (se fue a un viaje del Inserso y no ha regresado), o lo ha visto últimamente, ruego se pongan en contacto conmigo. Él es el único que puede tener la información para desactivar el modo “Consultar ” de la susodicha almohada.

Sr. Martínez, si lee estas líneas : soy el hijo de la Pruden. El que le compró la almohada. Necesito ponerme en contacto con Ud.

Es muy urgente.



UNA SENCILLA PASTILLA DE JABÓN.

Puri era una enamorada de los jabones artesanos. Por mucho *gel* o *mousse hidratante* que le pusieras delante, ella prefería su pastillita de jabón. De los de porción, con su forma cuadrada o rectangular. Hecho a mano, a poder ser.

Sus jaboncitos producían *crema* que no espuma. A Puri le habían explicado que la espuma, era un invento psicológico de la industria de la cosmética. Y no había más que observar la luminosidad de su piel para confirmar que sus cremosos jabones eran una maravilla.

Prefería los que tenían una base de aceite de oliva a los de glicerina. Tenía un surtido de diferentes aromas que escogía en base a su estado de ánimo: manzana verde, con toques de esencia de coco, para la alegría; aloe vera y rosas para el amor; melisa y caléndula para relajarse...pero el que más utilizaba era el de *manzana* porque Puri era, ante todo, una persona alegre.

Alegre y bondadosa. Alegre y paciente. Alegre y resignada. Alegre.

Puri no sabía decir “No”. Y tampoco sabía *hacer* “No”.

Siempre estaba disponible para su familia, para sus amigos, para sus vecinos... Puri te ayudaba si lo necesitabas...

Puri, cariño, ¿Puedes ir a buscar a Mamá –aunque tú vivas a 2 horas del centro y yo a un cuarto de hora-y *llevárla al médico*? Puri iba.



Puri, tesoro, ¿No podría hacer tú la cena de Nochebuena? Aunque seamos 18, te apañas mejor en la cocina que yo-Dieciocho adultos (y siete niños inesperados) en casa de Puri.

Puri, no puedo más. Me he enfadado con mi marido (por una tontería insignificante) y quiero quejarme de él durante un par de horas. Me da igual que acabes de llegar de la visita al médico de tu madre. No importa que sospechen que tiene un principio de Alzheimer. ¿Tú, preocupada? Nada, mujer.

Yo te voy a taladrar durante dos horas con mis (insignificantes) problemas... Y Puri escuchaba los lamentos y los “y yo” de la amiga de turno a la que el marido le había dicho que las lentejas estaban sosas... Pero Puri parecía asumir su condición de “Puri” de forma asombrosamente serena y vivía sus días entre jabones y abusones.

Una mañana, mientras se lavaba la cara con su jabón de manzana verde, descubrió que era la última pastilla que le quedaba. Iba tan ajetreada con los problemas familiares que había olvidado comprar una de recambio. Se dirigió a la Jabonería Rosita, la única tienda de jabones que había cerca de su barrio (a una hora, caminando), y contempló con estupor el pequeño local, cerrado a cal y canto y con un gran cartel: “Se Traspasa”.

Regresó a casa, decidida a buscar en Internet otra jabonería donde comprar productos artesanales, no sin antes pasar a dejar el currículum de su sobrina en un Bufete de Abogados, recoger las medicinas para su madre, la ropa de la tintorería de su hermano y tomarse un café con su amiga Pepa, que tenía una hija adolescente que la traía por el camino de la amargura (*!Esta hija mía, me va a matar!*).



Ya delante del ordenador-había ayudado a una vecina anciana a subir la compra y después había estado un rato conversando con ella (para hacerle compañía) aunque aquella era *la vecina* que tiraba lejía a la ropa tendida – investigó en los buscadores y encontró dos posibles tiendas de jabones.

Visitó las webs de ambas y descartó la Jabonería Marselesa: no tenían jabón de Manzana verde con esencia de coco. Al día siguiente, visitaría “Tu jabón”. Estaba más lejos de su casa pero tenía productos que valían la pena... Además, se había encaprichado de un jabón de canela y vainilla...

Lo tenía en las manos en aquel preciso momento y se estaba deleitando con su aroma... El intenso olor le recordó su visita de esa tarde a “Tú jabón”. A pesar de estar rodeada de sus jabones preferidos y otros, deliciosos, como el de rosa mosqueta y violeta africana, se sentía inquieta. La mujer que la atendió le explicó que cada persona tenía asociado un jabón y que éste actuaba en la personalidad de cada uno, de forma diferente. Lo de la “personalidad” le pareció escalofriante. El binomio era *jabón y piel* pero... ¿El carácter? La señora de la jabonería le tendió una pieza: “*Este es tu jabón: bergamota y lima. Es el primero en el que te has fijado. Es tu jabón.*”.

El cajón de los jabones de Puri, acogía más de 20 pastillas (la mitad de manzana verde y esencia de coco) que había adquirido en “Tu jabón”, precisamente para volver lo más tarde posible y evitar a la extraña mujer. La pieza de bergamota y lima estaba colocada en el fondo del cajón... Casi oculta.

La vida de Puri seguía su curso normal “de la vida de Puri”. Trabajo, familia, amigos,... Su madre había empeorado y afectada por la situación, se sentía muy triste.



En eso pensaba mientras abría el cajón de los jabones. Sus manos eligieron una de las piezas y se sorprendió al ver el jabón de Bergamota. Lo iba a dejar, de nuevo escondido cuando recordó un artículo que había leído en el periódico en el que hablaban de las propiedades antidepresivas de la fruta...

Ese día, se duchó con el jabón de bergamota. Antes de hacerlo, le dio un mordisquito. Sabía que era una tonta costumbre pero siempre que lo hacía recordaba a su abuela, riñéndola (ella siempre se declaraba culpable de las trastadas de sus hermanos) y obligándola a lavarse la boca con jabón.

El aroma cítrico y fresco le pareció revitalizante. Se sentía fresca. Chispeante...

Puri, querida, vamos a quedar para comer. ¡Hace tiempo que no nos reunimos todo el grupo y ya hay ganas! Seremos doce y, claro, los niños. María no puede hacerlo en su casa: esta de obras. Julia y Jaime acaban de poner tarima y dicen que el olor de barniz es muy molesto. Ya sabes que Lucas vive lejos y con los niños no nos podemos meter en el coche tres horas. A mí no me importa hacerlo pero los niños quieren salir de casa y cambiar de aires. ¿Qué te parece en tu casa?

Y Puri contesta: *Mira, querida, las tres últimas reuniones de grupo las he hecho yo en mi casa. Venís sin nada, ni una botella de vino barata y, aún peor, os bebéis mis reservas de vino y cava. Los niños son unos maleducados a los que dejáis saltar en mi sofá blanco con las manos pringadas de Nocilla, sin decirles ni mu. Y aprovecho ese “mú” para decirte que ese vestido blanco y negro que llevabas la última vez (y que me preguntaste como te quedaba y yo te dije que “genial”) te hace parecer una vaca. Lo siento, soy tu amiga y te tengo que decir la verdad. Ya me llamarás para decirme en casa de quien es la comida... ¡Ah! Y yo voto por una barbacoa.*



Puri también hablo con su hermana: Esta semana llevas tú a mama al médico que ya es hora de que lo conozcas. Con su vecina: Señora Eufemia, le ayudaré con la compra que Ud. Ya está mayor, pero cómo vea una gotita de lejía en mi ropa, vengo y saco todo lo que llevo poniendo en los armarios todos estos años y se lo dejó en el salón. ¿Estamos? Con su amiga: Dile a tu marido que cocine él las lentejas: “yo me lo guiso, yo me lo como” así no tendrá problema con el punto de sal...el muy capullo.

Y, sí, el extraño jabón afectó a la personalidad de Puri que, tras lavarse la boca con él, dejó salir por la susodicha todo lo que le venía. De sopetón. Sin piedad.

Los que la conocían, echaban de menos a aquella mujer alegre y bondadosa. Alegre y paciente. Alegre y resignada. Y, la verdad, nadie podía decir que no estuviera alegre. Alegre y descarada. Alegre y combativa. Alegre y segura. Un “alegre” que hacía que Puri se sintiera como nunca.

Así que se fue a “Tu jabón” y ante la sonrisa complacida de la dependienta de la jabonería, se llevó todas las existencias de pastillas de bergamota y lima...

Y voy a ir acabando que si se entera que estoy escribiendo su historia para publicarla en “Objetos Sencillos que tienes en casa” me va a llamar y me va a decir que para mis relatos utilice mis experiencias y no las de otros. *¡Vaya cara, escribir de mí sin mi permiso!*-me dirá.



Tal vez se lo debería haber pedido , *que esta Puri es mucha Puri* y visto su armario repleto de jabones de bergamota y lima, tiene para un rato de...alegría.

Si pregunta, yo no he sido.



UNA SENCILLA CAFETERA.

¿Te apetece venir a tomar un café?

“Tomar un café” es uno de esos ritos encantadores que nos hace más sociables, más amigos y, claro, en un primer impulso me vas a decir que sí. Quedaremos en mi casa, te haré pasar a mi salón y te dejaré sentado en mi nuevo sofá color chocolate . El sofá blanco, por si te lo estás preguntando, pasó a mejor vida en el *relato 2...*

Un poco de música suave enriqueciendo la atmósfera, te hará sentirte cómodo. Tendrás ganas de hablar de la vida, de lo transcendental o, simplemente, de lo que es superfluo pero nos hace reír.

Mientras comentamos la jugada, me oirás trastear por la cocina. Sacaré mi vieja cafetera de puchero de uno de los armarios y, tú, sorprendido, me preguntarás por mi máquina de espresso de diseño. Sí, la de las capsulitas. Yo te responderé que he vuelto a mis orígenes y que te estoy preparando el mejor café del mundo en la vieja cafetera de mi abuela. Te distraeré, describiéndote los orígenes que he elegido para esta mezcla de granos: un poco de Kenia, Brasil y un toque napolitano...

A los pocos minutos de encender el fuego, empezarás a sentir la fragancia sutil del café que se hará más insistente, más poderosa... Ya estarás absolutamente relajado y dispuesto a que nos conectemos con este ritual del tomar el café... Entonces, la cafetera alcanzará su punto místico, al borde de la ebullición y... se pondrá a cantar La Traviata.



Sí, no lo has leído mal: *La Traviata de Verdi*.

Serán unos compases que tú no oirás...

Lo descubrí el día ese tan famoso en el que se fue la luz... La avería general afectaba a mi calle y la voz automática del Servicio de Atención al Cliente (que le cambien el nombre, Por Dios!) me informó que tenía para cinco horas sin suministro . No Internet, No leer, No tele, No lavadora, No nada. No se me ocurría que hacer. Estaba a oscuras ...

Busqué la linterna. Nunca sé dónde la pongo... Nunca la he necesitado. “Linterna” y “Nunca” parecen ser amigas. Tampoco di con las velas de emergencia que todos, todos, tenemos en casa. ¿Dónde? Ni idea, claro. Recurrí al precioso velón de vainilla que me regalaron para mi cumpleaños que me había resistido a encender para no perder la delicada forma cubista en la que estaba esculpido . La cocina se iluminó tenuemente con la suave luz de la llama... El aroma dulzón de la vainilla se esparció por la cocina... Me apeteció un café. Un rico espresso, de esos aromáticos y cremosos. Un *Blue Mountain* sería una buena elección pero miré mi preciosa máquina de café, de diseño, con sus capsulitas y totalmente muerta y borré de mi mente la idea del café. Pero... el café se imponía en mi cabeza. Café, café, café....

Desde pequeña, he vivido el” tomar café” como un rito sagrado. íbamos a un tostadero, dónde mi padre elegía según los orígenes. Lo compraba en grano, ya que consideraba imprescindible molerlo instantes antes de ponerlo en su cafetera. Este grato recuerdo que casi huelo, me hizo recordar que tenía la vieja cafetera de mi abuela en el fondo de un armario y... ¡Funcionaba con mi cocina de gas natural! No necesitaba la dichosa luz. La lavé y la llené de agua. ¿Y el café? Miré las cápsulas, miré la cafetera. Me dediqué a rasgarlas e ir llenando el viejo cacillo con el café de *George*.



Me sentía eufórica, me iba a tomar mi café, a la luz de la vela de vainilla mientras esperaba la visita de mi amante. El último. Posiblemente, el definitivo.

Mientras la cafetera iniciaba la ebullición, cogí mi móvil (que milagrosamente estaba cargado) y llamé a *mi churri*. Me saltó el buzón de voz, al mismo tiempo que la cafetera empezaba a cantar *La Traviata*. Yo también salté. Primero estaba asustada y después, más tranquila al ver que el viejo cacharro lo único que hacía era tatarear el *Brindisi*. Me acerqué y con todo el valor que pude reunir, abrí la tapa. El café, caliente y especiado, aparentaba una normalidad absoluta. Entonces, mi teléfono empezó a sonar. Era él. Para entonces, la cafetera ya había callado y mi imaginación volvió a encarrilarse hacia la normalidad. Respondí, con voz coqueta, mientras enroscaba un mechón de mi pelo entre los dedos, ya inmersa en mi papel de *churri*.

-*¿Cuándo vendrás?* Se ha ido la luz pero se me ocurren cosas maravillosas que podemos hacer totalmente a oscuras.-le dije con mi mejor versión de voz-extremadamente-seductora. - *Dentro de un ratito. Tengo mucho trabajo*-me respondió él. La Cafetera silbó el inicio del *Brindisi*. No le di importancia. -*Me echas de menos, churri?*-Mi tono ya era pecaminoso.

-*Sí, muchísimo*-. Y fue acabar la frase y la cafetera que subió el volumen. -*Me quieres?*- Le hice la típica pregunta de final de conversación de amantes que sólo requiere un Sí como respuesta y colgar el teléfono.

-*Sí*-Me dijo él, muy bajito.



La Cafetera ya absolutamente lanzada. *La Traviata* en su máximo apogeo... Parecía que había una orquesta sinfónica en mi cocina... que sólo oía yo. Fue colgar el teléfono y la cafetera, enmudeció. Me serví un café y vertí el resto en una jarrita de porcelana. Revisé el interior del viejo pote, buscando el ingenioso mecanismo que hacía que sonara la música. Nunca he sido muy de máquinas, así que tampoco me sorprendió no encontrar nada. Mi churri duró dos meses en mi vida. Me abandonó y me partió el corazón. La cafetera tuvo algo que ver, evidentemente. No pude volver a guardar la reliquia de la abuela y, poco a poco, recuperé la vieja tradición familiar del rito del café. Dejé de hacer colas para que me vendieran las capsulitas como si fuera caviar y localicé pequeños tostaderos artesanos donde podía experimentar con diferentes blends y siempre que nos apetecía un café lo hacíamos en el viejo puchero.

Y el viejo puchero me cantó *La Traviata*-tantas veces – que tuve que admitir que había una relación causa-efecto. Si mientras se hacía el café, yo le hacía una pregunta a mi churri, El *Brindisi* me decía si la respuesta era verdadera o falsa.

Si me estaba mintiendo, yo oía *La Traviata*. -*¿Me queda bien este pantalón?* - *¿Me ves gorda?* -*¿Te caen bien mis padres?* -*¿Te gusta mi nuevo peinado?*

- *¿Le tiras los tejos a la Pepi?*

Venga *Traviata!*, hasta que llegó el día en el que me atreví a preguntar: *¿Tú me quieres?*



Ya puedes imaginarte que, la música, sonó atronadora y si no me hubiera hecho tanto daño, hasta podría decirte que fue espectacular. Ya llevo bastantes relaciones finiquitadas por mi cafetera-polígrafo.

Ahora entiendo porque mi padre la escondió durante todos estos años en el garaje, en una caja de cartón. También descubrí cómo la abuela sabía-siempre-cuando la estábamos engañando. Entrábamos, mis hermanos y yo en la cocina, y ella nos preguntaba ¿Quién ha roto el jarrón chino? La cafetera hervía en el fuego. Nosotros le decíamos que “un golpe de viento” y ella respondía: Me vais a cantar La Traviata, golfos...y nos castigaba sin merendar.

Es un chivato de la mentira. De todas las mentiras: las trascendentales y las superficiales...

Y yo no puedo evitar someter a todos mis amantes a la prueba de La Traviata. Estoy enganchada a la verdad. Podría dejar que las cosas fluyeran naturalmente y volver a conectar mi máquina de café espresso en cápsulas pero...no puedo. La cafetera de la abuela me supera...

Si vienes, te invitaré a catar un increíble blend de un torrefactor artesano. Te encantará. Me lo envían desde Roma. Esperaré que el aroma te llegue al cerebro y te preguntaré.

*Libiamo, libiamo ne’lieti calici che la belleza infiora. E la fuggevol ora s’inebrii a voluttà.
Libiamo ne’dolci fremiti che suscita l’amore, poichè quell’ochio al core Omnipotente va.*

La Traviata /Brindisi/



UN SENCILLO SALERO

¡Que me haya pasado esto a mí, la persona más sosa del mundo, tiene su gracia! Mi ex suegra me llamaba *la desaborida*, aunque ella lo pronunciaba más como “*desaboría*” y para enfatizar mi falta de gracejo, acababa la palabra con una palmadita que a mí me sonaba a tortazo en todos los morros. Sólo le faltaba el “olé”.

Yo me hubiese definido como reservada o... discreta pero, ya veis que lo estoy escribiendo en pasado: ahora soy la alegría de la huerta. Lo juro. De ser la que no hablaba en las fiestas o reuniones familiares- o sólo lo justo cuando me preguntaban-pasé a ser la “animadora-oficial” de todos los cotarros a los que asistía. Tengo un afinado sentido del humor que me permite decir lo que es ideal en cada ocasión y, además, lo hago de forma salerosa...

A mi alrededor, la gente suele reír. Tampoco quisiera que pensarais que soy la graciosilla de turno, de ese tipo pesado que no sabe cuándo hay que parar. No, para nada. No se pasa del *desaborío* al *salao* de forma automática. Yo soy el punto justo de sal ...y reparto alegría.

Antes, me vestía con tonos neutros y sobrios. Ahora, me encantan los colores. Brillantes en primavera, de tonos pastel para los atardeceres, llamativos para las fiestas, suaves para las primeras citas... Color, color y color...

Mi ex marido me llamaba *la cucarachita*. No voy a negar que sintiera debilidad por el negro pero el mote... el mote me daba asquito... claro que, cómo era una *desaboría*, tampoco me quejaba mucho. El último día que lo vi, en el cumpleaños de un amigo común, lo dejé deslumbrado.



A la tercera copa, me llamaba *mi capullito de alhelí*. No vamos a entrar a discernir cuál de los dos era el capullo...

Además de un espectacular cambio físico -estaba tan contenta que me hice un nuevo corte de pelo, unas mechas de color chocolate que me quedaron de muerte y perdí unos kilitos y los que me quedaban, se redistribuyeron estratégicamente en lugares sensuales -, de la renovación de mi vestuario y de la chispa alegre que irradiaba mi persona y que atraía a los demás como un imán, además de todo eso: podía poner en ese *estado de gracia*, a quien yo quisiera. *Nota : Campanilla y Disney a mí me han hecho mucho daño, queda claro ¿no?...*

La *cucarachita desaboría* (mi otro yo) era muy supersticiosa. Aún hoy, no entiendo por qué pero...era de esas personas que si se les cruzaba un gato negro, Vivian atemorizadas esperando “la mala fortuna”. Jamás pasaba por debajo de una escalera, temía romper un espejo y... la sal.

La sal, me obsesionaba.

Mi ex marido no soportaba mi manía de no darle el salero en la mano. Lo dejaba en la mesa para que él lo cogiera...Por lo de la mala suerte... Si se derramaba un poco de sal, me daban taquicardias pensando en todos los infortunios que nos iban a caer encima e inmediatamente, lanzaba un puñado por mi lado izquierdo...Estuviera dónde estuviera y con quién estuviera. ¿Tuve yo la culpa que mi ex suegra estuviera a mi espalda y le entrara la sal en el ojo? ¿Qué hacía allí?... En fin, no podéis imaginaros la cara que se me quedó el día que en una de esas discusiones tontas con mi ex,-él tiró al suelo el salero.



No sé si leerá esto, pero si lo hace, no pude darle las gracias en su momento, así que lo hago ahora:

Gracias por romper el salero, capullito de alhelí.

Mi personalidad poco dada al dramatismo –hay que recordar que era una *desaboría*– me hizo actuar de la forma más práctica posible: no hay que pisar nunca la sal derramada, así que dejé que la recogiera él y, presa del pánico, corrí a la calle en busca de un nuevo salero. Era de noche y todo estaba cerrado a esas horas. Recorrió las calles del barrio, pensando que en cualquier momento me caería una maceta de geranios en la cabeza o un meteorito cuando vi una luz... la tienda de los chinos.

Entré como una exhalación y le pregunté a la chica que había en el mostrador dónde estaba la zona del menaje del hogar. No entendió el significado de “menaje” y “hogar” la hizo fruncir el ceño pero respondió: *al fondo, al fondo* y yo me lancé a la carrera por un pasillo estrecho lleno de cachivaches de esos que sólo venden en los chinos. Cuando divisé la zona tppers, ya me sentí más aliviada. Paré en seco buscando los saleros cuando de detrás de la estantería, salió un anciano chino mandarín. Lucía una sonrisa desdentada, una fina trenza de pelo cano y el típico gorrito de Fu Manchú. Su mano arrugada y tendida hacia mí, sostenía un precioso salero.

Lo cogí, extrañada, mientras el hombre me decía: *sal, cabeza, sal, cabeza*. Pensé que sería el abuelo de la dependienta y que me había oído al entrar, así que cogí el salero y me dirigí a la caja. La chica miró el salero: *No nuestro*. Yo le respondí que me lo había dado el abuelo. *¿Abuelo? Yo sola aquí*, me dijo un poco enfadada. Me hizo un gesto de despedida con la mano y me vi en la calle, con un salero.



Al volver a casa, ya más tranquila, rellené el salero y me cercioré de que no quedaban restos en el suelo... pero sí que había sal. Había montoncitos por toda la cocina...

Me enfadé muchísimo con el *capullito de alhelí* y, en un arranque de furia, cogí mi salero nuevo y le grité : *Si quieres que tengamos mala suerte, ya me tiro yo la sal encima y acabamos con esto* -y con un movimiento rápido, me tiré sal por encima de la cabeza...

Una felicidad radiante inundó todo mi ser. Me pareció que la noche era la más preciosa del mundo. Tenía ganas de bailar y de reír. De salir por las calles y pasear y dejar que la brisa acariciara mi rostro... Me imaginé deleitándome con un helado de *straciarella*, con los pies colgando del muro del puerto... Mi ex, que lo fue oficialmente en ese mismo instante, me miraba asombrado mientras yo daba palmas y canturreaba: *la desaboría, la desaboría...*

Mi estado de alegría energética me duró varios días. Mis íntimos intentaban hacerme entrar en razón y que volviera a la senda de la normalidad, menos mi amiga Puri que me hizo pensar en el chino mandarín. Y en el salero. Y en aquello que me dijo: *Sal, cabeza, sal, cabeza...* Así que hice el experimento: yo y Puri y el salero. Nos tiramos la sal por la cabeza y...

Alegría, alegría, alegría...

Nos atrevimos a probarlo con todo el que se dejaba y , sin quererlo, empecé a tener visitas multitudinarias de gente que quería que los “saleara”. Inevitablemente, se me iba acabando la sal... Ya había pensado que el fenómeno podía estar en la sal y no en el salero pero todo eran conjeturas y posibilidades y no estaba segura.



El viejo Fu Manchú había desaparecido del mapa (la chica de la tienda de los chinos, me juró y perjuró que nunca había visto al chino mandarín) y yo lo único que sabía es que mi salero o mi sal, te quitaba las penas, te llenaba de alegría y positividad. Guardé las últimas raciones para uso personal y llegó el día que tuve que llenar el salero, de nuevo.

¿Os podéis creer que funcionó a la perfección?... El salero. Era el salero.

Este, es un gran tesoro que yo poseo y que me obliga a llevar una vida extraña aunque dichosa. Estoy encerrada en casa. No en plan prisión, no os vayáis a pensar. Más en plan paraíso controlado: mi casa tiene mucha luz y habitaciones espaciosas. Es un lugar precioso pero... se ha corrido la voz de lo del salero y ya me lo han intentado robar varias veces... Ahora, lo tengo en una vitrina con unos cristales de máxima seguridad que se abren con una contraseña que sólo conozco yo.

Y estoy todo el día a su lado. Vigilándolo... Eso sí, con alegría.

Una de las cosas que más hago es conectarme a la red y visitar los blogs que me gustan. Puri me ha hablado de este libro “Objetos sencillos que tienes en casa” y creo que es un buen lugar para divulgar mi historia.

El salero sólo funciona cuando lo utilizo yo. Soy yo la que me encontré al chino mandarín y fue a mí a la que dio el salero así que, ahora que ya es público, sé que me quieren a mí y al salero.



No sé cuánto tiempo tardarán en conseguir burlar los sistemas de seguridad pero me temo que ya están cerca de conseguirlo. Son muchos: unos que lo que quieren es la gallina de los huevos de oro, otros que lo que quieren evitar es que la gente esté contenta y... la familia del *capullito de alhelí* que no puede soportar que *la desaboría* sea tan *salá*... Demasiados enemigos de la alegría...

En caso de que yo y mi salero, desaparezcamos de la faz de la tierra, me gustaría que no se olvidara mi historia...ni a mi salero...

Ni que nada pueda con la alegría.

Puri os avisará si pasa algo.

Gracias a todos.



UNA SENCILLA NEVERA.

Mi pisito, pequeño pero para mí solita... ¡Estaba tan contenta! Mi primer trabajo fijo y estable, los proyectos bullendo en mi cabeza y... aquel apartamento, casi en miniatura, pero mío...Sólo mío... ¡Eran tan, tan joven!...

Lo recuerdo cómo si fuera ayer. O como si hubiese ocurrido hace unas semanas... Esas visitas a IKEA , con un plano hecho a mano, y todas las posibilidades del mundo. Todas esas posibilidades, convertidas en muebles que monté con mi sudor (y mi sangre, literalmente), recreando mi mini mundo en mi mini piso.

Mi mini mundo en mi mini piso absolutamente perfecto: un buen sofá, una buena cama , una buena tele (¡Gracias, papá!) y una buena nevera... Tener una “buena nevera” (como la que zumbaba en casa desde que yo tenía uso de razón) era una herencia psicológica de mi querida madre. Se obsesionaba en recomendar la nuestra a cualquier persona que le preguntara y, también, si no se lo preguntaban. La veo, como si estuviera aquí, mostrando su cocina primorosa y, al llegar a la nevera, decir “*Esta nevera StopTime es la mejor nevera del mundo. Más de veinte años funcionando y no me ha dado ningún problema. Si alguna vez te cambias de nevera, cómprate una StopTime*” . Así que cuando llegó el momento de comprar una buena nevera , decidí honrar a mi madre y comprar una *StopTime* en eBay.



La fábrica había cerrado hacía años, y las únicas neveras *StopTime* que había en el mercado, eran de segunda mano. Mi madre ya compró la suya en una tienda de productos con tara: “*El StopTime no funciona*”, rezaba la cartulina con el gran círculo rojo que marcaba el precio y la tara. Pero era tan barata y estaba tan nueva, que mi madre se la llevó a casa y nunca encontró el defecto. “*La nevera va perfectamente. Se habrán equivocado... No sé qué será el “Stop-Time-ese” pero, a mí, la nevera me va de fábula*”

Mi presupuesto era más bien escaso así que compré una *StopTime* de nivel 1 (era la más barata), con sus dos cajones para fruta y verdura, un cajón para la carne y el pescado y todos los estantes de cristal. La estaba limpiando cuando encontré el manual de instrucciones, justamente en la zona de los huevos. Recuerdo que me sorprendió que el anterior propietario lo hubiese conservado pero no le hice mucho caso. Lo metí en el cajón en el que estaban todos los manuales y garantías de todos los aparatos que tenía en mi mini piso y me olvidé de él.

Creí que abriría con poca frecuencia el cajón de los manuales pero...la televisión me hizo un puffff! extraño y se puso de color azul. Un sábado por la noche... Cómo tenía claro que hasta el lunes no podría solucionar la avería, me leí el manual con la esperanza de encontrar una solución que, evidentemente, no encontré. Aburrida (y sin tele), me puse a ordenar los manuales y garantías (que había sacado con urgencia y mal) y me encontré con el de la nevera “*StopTime*”. Al ponerlo en su lugar, una pequeña hoja plateada, se deslizó de su interior y cayó suavemente en el centro de la mesa. Era una cuartilla de un delicado color plata que contenía un texto caligrafiado. El hecho de ver una nota manuscrita me sonó fuera de lugar en un manual técnico y la leí con curiosidad, sabiendo que sería una nota del antiguo propietario que se había traspapelado...



Pero no era una carta de amor, ni una felicitación de navidad, ni un poema... Era algo así como esto:

StopTime Nivel 1

No permite traslación.

Indicar hora y lugar.

Duración máxima de Nivel 1: Cinco horas.

Yo creo que fue lo del aburrimiento, que era sábado, no tenía plan y estaba sin tele. También pudo intervenir en lo que ocurrió, que hacía poco que me había leído “El Código Da Vinci”. No lo sé, pero, de repente, en vez de leer *stoptime* cómo mi madre lo había pronunciado toda la vida (no “taim” , si “time”), me di cuenta que la nevera se llamaba “ParaTiempo”. Y algo hizo clic en mi cerebro y pensé : Parar, detener...congelar. Hora y lugar. ¿Y si...?. Duración máxima...

Abrí mi portátil y tecleé el texto de la nota en Google...Tras muchas horas de búsqueda , encontré un foro de nombre “ TimeStoppers” que me proporcionó la información definitiva : *¡Mi nevera congelaba el tiempo!*

Me reí muchísimo leyendo las historias de ese grupo de fanáticos de la marca StopTime que hasta tenían un grupo en facebook . Era gente con una gran inventiva , que explicaban historias graciosísimas sobre las cosas qué habían hecho al congelar el tiempo en su nevera “StopTime”. Recuerdo que pensé que a mi madre le hubiese encantado...



Al ir a preparar la cena, abrí la nevera y la miré con atención. Nivel 1. Según lo que había leído , era el nivel más básico de congelación de tiempo. No permitía la *traslación*, o sea, debías moverte tú mismo al lugar dónde se iba a congelar el tiempo. Si tenías una nevera de Nivel 5, no sólo lo congelaba allí dónde tú eligieras sino que, además, te transportaba al escenario en el que ocurría el parón de forma instantánea.

La mayoría de los que escribían en el foro, explicaban que lo único que se debía hacer era escribir, fecha, hora y lugar en un papelito y dejarlo en la nevera en el compartimento secreto “StopTime”. Al cerrarlo, se activaba la función : congelaría el tiempo en ese momento y lugar y , en mi caso, con nevera Nivel 1, la congelación duraría cinco horas como máximo. Lo mejor de todo era que el Stopper (o sea el propietario de la nevera, o sea yo?), no se paraba y podía caminar a sus anchas por la “zona de congelamiento”... Era genial cómo idea para una novela de ficción...

Mientras cenaba, mi mente no dejaba de pensar en esa tontería del StopTime y el grupo de pirados que formaban aquel extraño foro . Pero sobre todo, lo que me acosaba era : ¿Qué situación, momento, lugar, elegiría yo para que se congelara el tiempo?...y curiosear, claro.

Me dejé llevar : si se podía hacer eso ¿Por qué no hacerlo a lo grande?. Una cuestión era el tiempo : debía ser en el futuro porque no había forma alguna de viajar hacia atrás . Y la otra era que para poder realizar una prueba fiable, el lugar debería ser asequible para mí.



Pensé en el día que se avecinaba : domingo. Comida en casa de mis padres y visita al Camp Nou ... ¿No fue eso el domingo pasado? , ¿O ya han pasado años?...No sé ..¡Era tan joven!... pero lo recuerdo como si fuera ayer. Lo del Camp Nou era una de las cosas que había reivindicado en la familia durante toda mi niñez y adolescencia. Mi padre, nada más nacer mi hermano, lo hizo socio del F.C. Barcelona y lo llevó a todos los partidos. Mi condición de mujer, que a mi padre le pesaba mucho, me dejó sin poder asistir , nunca jamás, al campo . Y no es que yo fuera muy de fútbol pero , sólo por el hecho de *no poder hacerlo*, el *hacerlo* se había convertido en uno de mis objetivos vitales : iba a ir a ver un Barça-Madrid e, inexplicablemente, había convencido a mi hermano para que me dejara acompañarlo ...

¿Y si congelaba el partido una hora? ¿Y si me paseaba por el campo y me acercaba a Messi, a Piqué...?.

Valoré que si ponía mi papelito en el StopTime y no ocurría nada, nadie se iba a enterar y ...si ocurría... .

Y por allí me paseé, por esa hierba mullida que se había quedado en suspensión en el aire, tras un fuerte patadón de Sergio Ramos. Vi que Iker era mucho más guapo en las distancias cortas y me recreé en el banquillo y observé a Guardiola y a Mourinho (¡Qué tensión en la frente!). En los vestuarios, no pude evitar curiosear en las bolsas y confieso que rebusqué en la mochila de Piqué para ver si encontraba algo de Shakira. La hora pasó volando y cuando acabó, me encontraba sentada al lado de mi hermano (que se había quedado con medio grito en la boca) que siguió el discurrir temporal cómo si no hubiese pasado nada.



El descubrimiento extraordinario del funcionamiento del StopTime, me había dejado conmocionada y muy cansada. Mi hermano creyó que era la emoción (él es muy culé) de ver el partido en el Camp Nou pero lo que me pasaba era que, a partir del momento en que me di cuenta qué podía hacer con la nevera, no dejé de pensar en ...todo lo que podía hacer con la nevera.

Me inscribí en el foro y rescaté las experiencias de otros. No hice caso al mensaje en rojo que ponía **ADVERTENCIA: PARA LOS USUARIOS DE STOPTIME** y me dediqué a congelar el tiempo a diestro y siniestro.

Me he convertido en una ladrona : he parado el tiempo en Bancos y Cajas, en Armani, en Apple , en... cualquier sitio del que quisiera algo. Mi mini piso está a rebosar de cosas preciosas. He visitado los Museos más fascinantes del mundo , sin nadie que me molestara . Me he plantado a centímetros de la cara de ... (no lo puedo decir) y le he dado un beso. He fisgoneado en mi expediente de Recursos Humanos en el trabajo, he viajado sin hacer ni una cola para facturar el equipaje o sacar la tarjeta de embarque, he robado y copiado las preguntas de mi examen para las oposiciones, he espiado en empresas de la competencia, he leído el último libro (aún no publicado) de A.Rowling,... He hecho esas cosas y muchas más pero... ayer leí el mensaje de **ADVERTENCIA** del foro y comprendí qué es lo que me está pasando.



El cansancio, las canas, esas arrugas que no deberían estar ahí a los veinticinco años... La mirada extraña de los que me conocen que no me reconocen en esta mujer ...mayor.

Y es que el tiempo se congela pero los *Stoppers*, no sólo seguimos en el eje temporal si no que, además, vamos *acelerados*. Mi tiempo congelado tiene una proporción entre tiempo consumido y horas. Una hora en acción cuando todo se *para*, equivale a unos seis meses de tiempo real. Humano.

Si hago la cuenta de *la vieja -¡Qué ironía!-*, me sale que me he sumado unos veinte años de tiempo normal. Tengo veinticinco pero soy una *stopper* ... Y no sé si podré parar.

Lo voy a intentar en serio. Incluso me he inscrito en un grupo de terapia, de gente que lo está dejando. Por lo menos, tengo una esperanza: los de nivel 5 están mucho peor que yo y alguno ha conseguido dejar de *congelar*.

Me han hablado de este libro en el que se están describiendo objetos “sencillos” y he pensado que podía aportar mi nevera. Mi terapeuta me ha indicado que debo hacer pública mi experiencia para poder avanzar en mi recuperación.

Y , aquí estoy, publicándola.

Soy *Stopper* y hace una semana que no *congelo*.



UN SENCILLO SILLÓN.

Me llaman *pija* pero yo digo que lo que soy es *fashion*. *Cool* total. Tampoco me importa mucho que me llamen *pija*, la verdad . Me da absolutamente igual : ni juro por *Snoopy* ni hablo arrastrando el *osea's*. Simplemente, me gustan las cosas de marca: lujo y *trendy*.

Si entras en mi casa, en esta preciosa urbanización residencial tipo *Wisteria Lane*, te encontrarás con un mundo que parece sacado de una revista de decoración y... estarás en lo cierto: lo he copiado de las revistas de decoración... Y, además, *copiar*, lo que se dice *copiar total*. Pero no a base de imitaciones. ¡Eso nunca!. Todo lo que ves original.

Ese jarroncito tan mono , el gabinete lacado, la mesa tallada, las velas gigantes, el cuadro del tiburón y la escultura de látex ...todas esas cosas están firmadas por diseñadores de prestigio . Los más *in* del momento, por supuesto. Así que no sé porque estoy escribiendo esto en “Objetos sencillos que tienes en casa” porque yo, en casa tengo de todo menos “Objetos Sencillos”.

Pero...también tengo *el sillón*. Mi lujoso y *super-fashion* sillón que no tiene nada de sencillo (que conste) pero que hace cosas increíbles como todos estos objetos que aparecen por aquí.



Por cierto, debo decir que el salero ese es horroso (parece de restaurante de menú de polígono industrial) y...la cafetera vieja. ¿Nadie le ha hablado a esa persona de George Clooney y sus deliciosas (y monísimas) capsulitas?...No sé, me parece que aquí no se tiene en cuenta el diseño.

Quiero decir al que lleve este tema del libro, que tenga más cuidado al seleccionar los objetos.

El sillón es uno de los últimos diseños de *Giacomo Abbraccio* y lo adquirí en la Feria de Milán . Es una serie limitada. Sólo se han fabricado tres (tengo un certificado en el expediente del sillón que confirma esto que os digo. Es más, siempre que puedo, enseño a mis invitados estos certificados...Para que quede claro que todo es o-r-i-g-i-n-a-l). No os diré lo que cuesta , eso me parece una vulgaridad, pero para que os hagáis una idea, el día que lo compré, se organizó una pequeña fiesta para que conociera *al Signore Abbraccio* . Os confesaré que me llevé una decepción cuando lo vi por primera vez, ya que era un hombre mayor con una larga barba blanca (odio las barbas) , vestido con una túnica de lino marrón y una extraña gorra. Me pareció muy excéntrico pero no del tipo *Monsieur Dior Galiano*. Más bien, en plan anacoreta.

No conectamos.

Cuando me lo presentaron, me miró a los ojos y negó con la cabeza. Por un momento pensé que no quería firmarme mi sillón de Edición Limitada pero, con ese mismo gesto de negación , cogió un rotulador indeleble y rubricó su firma en la parte trasera del mueble.



Si me hubiese dejado elegir, le hubiese pedido que lo hiciera en el frontal (que se ve más) pero prácticamente, no pude ni abrir la boca. El artista, al que acompañaba una traductora, le pidió que me explicara yo sé qué tontería de *los abrazos*.

“Si amas o te ama, la persona que abrazas puedes obtener un estado de paz y confort inigualable en esos brazos”.

Bla, bla, bla... Le dije que: *Gracias, que muy bonito* y tras tomarme una copita de *Champagne*, salí de allí lo más rápidamente que pude y que me dejaron los preciosos zapatos *Louboutin* que me había comprado para la ocasión.

El sillón es un éxito. Todos mis invitados quieren sentarse en él y, algunos, se pasan allí horas, abrazados... No sólo me dan las gracias efusivamente. Lo hacen “muy efusivamente”, tanto que me molestan esos achuchones y esos besos en la mejilla. *¿Qué no saben que sólo hay que rozar el aire entre-pómulos?*...pero no, ellos se levantan del sillón absolutamente emocionados y con ganas de hacérmelo saber.

Y los entiendo. Sólo lo he sentido una vez. En una única ocasión.

Mi madre vino a visitarme y se sentó en el sillón. Yo me coloqué en mi lugar (*¿ Os he dicho que es un sillón de dos plazas?*) y, sin saber muy bien por qué, la abracé. Rodeé su cuerpo con mis brazos y me dejé caer sobre su hombro. Aspiré su suave perfume de lilas y...sentí como una gran caricia, recogida .Interna. Llegó hasta mi corazón y lo meció suavemente.



Después, una sensación de paz inmensa que, en vez de quedarse por dentro, irradiaba hacia fuera y, finalmente , el confort de mi alma, absolutamente sosegada y dulcemente adormecida...

El impacto es tan profundo que te engancha como una droga. Hasta ahora, venía mi madre una vez al mes y nos abrazábamos para recibir mi *dosis* pero ,ahora, ella está ocupada. De crucero en crucero... En estos momentos, exactamente, en Aruba... Supongo que tuvo algo que ver, el abrazo de tres horas con el *Sr. Martínez*, un hombre que conoció en la consulta del dentista. Un Jubilado que tenía una Colchonería de barrio en la que vendía unas almohadas muy cutres. ..Por cierto, fue él el que me habló de esta web....

Como mamá está de viaje, he tenido que recurrir a amigos y conocidos. Incluso vecinos. Me he ido sentando ahí, en *el sillón*, y me he dejado abrazar pero... no he vuelto a sentir nada igual. Y ya llevo demasiado tiempo sin “eso”.

No me gusta que me arruguen la ropa, ni que me opriman los pechos-que son perfectos -, ni que me despeinen,...Poneos en mi lugar y entenderéis que para mí es un sacrificio tener que hacer todas esas cosas para poder sentir lo que se siente en *el sillón* pero estoy dispuesta a todo. Incluso, estoy dispuesta a que me toquen...

Si sabéis de alguien –si puede ser bien situado, de apariencia agradable y sin barba-que quiera venir a abrazarme, que contacte aquí.

Urgentemente.

NB: NO, N-O vendo el sillón. Abstenerse los interesados.



UN SENCILLO COLCHÓN.

Esta mañana , he recibido este mail de una persona desconocida. Me ha pedido que publique su historia en estos “*Objetos Sencillos que tienes en casa*”...Ha sido leer el mail y decidir hacer un “Copiar y Pegar” para este capítulo.

Este es el siguiente objeto sencillo:

Hola , me llamo Yoko García y te escribo para hablarte de uno de esos “objetos raros” que aparecen en tu libro. Tú no me conoces pero yo voy siguiéndote en el blog. Lo descubrí investigando sobre mi *objeto sencillo* y me ayudó saber que había otras personas que también tenían cosas, en casa, que eran ...*especiales*. En mi caso, se trata de un colchón. Un sencillo y cómodo colchón...

Soy de Valladolid : allí nací y allí vivo. Vallisoletana por los cuatro costados.

Te lo comento para que mi nombre, Yoko, no te despiste. No tengo ninguna vinculación con Japón pero si un padre absolutamente fan (fanático) de John Lennon. Así que, cuando nací, no se le ocurrió nada mejor que ponerme el nombre de la mujer de Lennon...Yo ya estoy acostumbrada.



La presencia del *Beatle* en mi casa, siempre ha sido una constante. Mi padre se vestía como Lennon, se peinaba igual y llevaba las gafitas redondas, sólo escuchaba su música, devoraba todos los documentales, videos de conciertos oficiales e inéditos, analizaba las letras de todas sus canciones y pujaba, en eBay y en las subastas serias, también, por todos los objetos que habían pertenecido al cantante...

Cuando anunció que había comprado el colchón en el que John Lennon y Yoko Ono habían protagonizado su semana *Bed-in peace*, a mi madre y a mí, se nos cayó el mundo encima... ¿*Un colchón de segunda mano y de... 42 años?*... pero, evidentemente, mi padre estaba encantado. Me había explicado mil veces que en Marzo de 1969, tras su boda, John y Yoko se había *encamado* durante una semana en la Habitación 702 del Hotel Hilton de Amsterdam, en una acción pacifista para pedir el cese de las guerras y proclamar la paz en el mundo. La historia me gustaba mucho pero... el colchón, no. Demasiado trote, demasiado ser humano...

El colchón debía llegar a casa, justo la semana que yo me mudaba a mi apartamento de propiedad e inauguraba mi vida independiente. Mi padre, en un acto de generosidad extrema, me regaló “el colchón”. La cara de alivio de mi madre me indicó que lo que me iba a encontrar era lo que me esperaba encontrar: un colchón viejo y usado pero, claro, no podía defraudar a mi padre. Estaba tan ilusionado...

Mi sorpresa fue encontrarlo en condiciones óptimas. Limpio y aparentemente, bien cuidado. Sólo tenía una pequeña tara pero estaba en la parte posterior por lo que no me importó... Algun romántico había escrito con una preciosa caligrafía y rotulador indeleble: *El lugar donde tus sueños se harán realidad.*



Confieso que el colchón era muy cómodo y que, ya desde el principio, se adaptó a mi cuerpo con precisión. Tampoco es que yo fuera muy exigente : soy de ese tipo de personas que pueden dormir en cualquier lugar y lo hago a los pocos minutos de ubicarme.

Además, mi sueño es profundo y reparador aunque...no sueño. Bueno, los expertos dicen que todos soñamos por la noche pero que , la mayoría de las veces, no recordamos los sueños y yo soy de las que no me acuerdo de nada.

También dicen que los sueños se pueden provocar, pero yo tampoco he tenido éxito en este tema. Intento imaginar, fabular historias antes de dormir para que me acompañen en el sueño pero no me ha dado ningún resultado.

En algunas ocasiones ,muy pocas, cuando me despierto, tengo en mi mente retazos de lo que ha pasado en mi mundo onírico aunque se dispersan con rapidez. En una de esas ocasiones, durmiendo en *el colchón*, se produjo el primer suceso.

Tuve un sueño erótico. Mira, como no me conoces, te diré la verdad : pornográfico. Me sorprendió despertarme con una excitación sexual, real como la vida misma, mientras acudían a mí los destellos del sueño . La historia tenía una cierta lógica en mi vida, ya que en el sueño, pasaba la noche practicando sexo salvaje con un compañero del trabajo , del que estaba enamorada secretamente. Podía ser, claramente, la expresión de un deseo pero...,me sentí extraña al despertar, no sólo por todas esas corrientes de sensualidad que no me abandonaban, si no por los detalles que recordaba, tan nítidos y tan...como de verdad.

Además, los pocos sueños que podía recordar en toda mi vida, no tenían un argumento lógico , no concluían y, en este, *concluí*, te lo puedo asegurar.



Ese día, al ver a mi compañero de trabajo, sentí una vergüenza inmensa porque él me miró como si supiera lo que mi cerebro calenturiento había fabricado por la noche. Pero su mirada, no me decía que no. Me decía , “sí”. Ese fin de semana, después de una noche espectacularmente romántica, acabé rodando por la cama y haciendo, de verdad, todo lo que había hecho en mi sueño X...y cuando me besó y su barba acarició mi rostro, supe que era la segunda vez que eso pasaba...

Pensarás que es fantástico, ¿no?. ¿Te imaginas un colchón que hace realidad tus sueños? pero... ¿todos, t-o-d-o-s los sueños?...

Al cabo de un tiempo , mis sospechas sobre el colchón se habían calmado. Seguía sin soñar y durmiendo plácidamente . Mi aventura amorosa era una delicia y nada parecía enturbiar mi vida. Es más, me creía que estaba viviendo uno de esos momentos dulces y, entonces, un día, me desperté con esos destellos de un sueño que me había hecho pasarlo mal . Al salir del trabajo, me fui a un centro comercial a hacer unas compras y sin saber por qué, me desnudé. Cuando vi que la gente me miraba (entiendo que no es normal, ver a una chica desnuda en pleno centro comercial), empecé a correr hacia el parking para meterme en el coche. Mis piernas, ágiles y entrenadas, se quedaron pegadas al suelo. Me costaba mucho despegarlas y empezar a correr y, a la vez, veía acercarse a mí un grupo de chicos con pintas de pertenecer a una banda urbana, con pretensiones poco amables. El terror me sacudió pero seguía sin poder moverme. Cuando mis piernas reaccionaron, lo hicieron como a cámara lenta y por un momento, casi pude sentir una mano rozándome el hombro y a punto de atraparme.



Consciente de mi desnudez , corrí todo lo deprisa que me dejaba ese extraño ritmo que se respiraba en la atmósfera y llegué al ascensor. Pulsé el botón de apertura de las puertas, mientras sentía que el peligro se acercaba por la espalda. A los pocos segundos, las puertas se abrieron y me precipité al interior pero allí, no había ascensor ... sólo un gran vacío... y caí, lentamente, sin que el final llegará nunca y sintiendo, en mi estómago, una sensación continua del gran *loop* de una montaña rusa. Aterricé en el suelo, sin daños aparentes y completamente vestida. No sé cómo encontré mi coche, ni cómo pude acertar con la llave .Cuando me senté , dejé caer mi cabeza sobre el volante. Estaba paralizada por el miedo : todo lo que me había pasado en el Centro Comercial, es lo que ya había soñado la noche anterior...

Mi gran suerte ha sido que no me acuerdo de mis sueños. Parece ser el factor determinante para que *el colchón* los haga realidad, sean cuales sean. Si no los recuerdas, no se activan. Los pocos que he recordado, se han hecho reales : me he vuelto a encontrar en la Facultad, a punto de entrar a un examen oral, con los nervios a flor de piel y esa inseguridad tan desagradable de cuando te quedas en blanco delante de más de cien personas; he asistido a extrañas comidas o fiestas con gente que no conocía de nada pero tenían las caras de mis amigos, aunque no fueran ellos ; he cenado con John Lennon y mi padre, en un hotel al que fui hace muchos años en Mallorca,...y me he hundido en una especie de agujero lleno de serpientes del que no tengo forma de salir hasta que uno de los reptiles empieza a reptar por mi muslo...



Son pocos pero ya he tenido bastante. Más que nada porque yo no sé controlar lo que sueño y aunque sea poco, es angustioso. Sueños felices o más normalitos, pocos. Eróticos, nada de nada. En eso también he pensado seriamente : ¿Y si me da por soñar cosas con quien no debo y... me acuerdo, y... se convierten en realidad? ¿Qué pasaría con mi novio?... Demasiados problemas... Así que he decidido donarlo .

Lo regalo pero... con una condición. Una única condición : que la persona que se lo quede sea capaz de controlar sus sueños. Deberá firmar un documento en el que , confirma esta capacidad y asume que actuará bajo su responsabilidad.

Si no es así, mejor que *el colchón* se quede en el guardamuebles en el que está actualmente. Si te parece un objeto lo suficiente interesante para tu colección, te agradecería que publicaras esta carta y mi mail de contacto. Si alguien quiere el colchón puede contactar conmigo. Abstenerse quien no cumpla “la condición” y coleccionistas de objetos de John Lennon. Gracias por tu atención.

Yoko García yokog1@gmail.com



UN SENCILLO MUEBLE ZAPATERO.

Tengo fobia a volar. Me dan pánico los aviones. Nunca he conseguido entrar en uno: ni borracha, ni drogada, ni anestesiada. Ni siquiera con el avión en tierra firme durante las prácticas de mi terapia psicológica...

Soy un caso perdido. Jamás vuelo pero... viajo.

Viajo mucho y a muchos lugares. Países diferentes, diferentes ciudades.

Al principio, me dediqué a trazar rutas creíbles que pudiera hacer en un medio de transporte terrestre: coche, tren o autocar. Con este sistema, pude recorrer casi la totalidad del continente europeo. He de confesar que estoy abrumada por su belleza y que podría seguir explorando el viejo continente pero... siento que ya se me ha hecho pequeño este trozo del planeta y quiero cruzar charcos. Todos los que pueda.

El problema que tengo ahora mismo es que debo mentir a mi familia y seres queridos. También a amigos y conocidos. A todos. Les diré que he superado mi miedo a volar gracias a la costosa terapia de grupo (que dejé hace un año) y que me lanza a ver mundo, para aprovechar el tiempo perdido... Es una mentira con algo de verdad, por lo que supongo que cuenta como mentira menor. La excusa de los cruceros no cuadra con los "tempos" que consumen mis viajes. Nadie se va a creer que me he ido a Clarence Town, en Las Bahamas, para ver el Dean's Blue Hole en cinco días y en barco pero... si digo que vuelo... entonces sí que puedo cuadrar mis nuevas rutas para descubrir las maravillas del planeta. El Dean's Blue Hole es el agujero azul más profundo del mundo y está en una playa preciosa y yo puedo estar allí en un momento... ¿Quién se lo perdería?



Eso vale una mentira, sea grande, sea pequeña.

Ya he preparado la maleta. No me he complicado mucho la vida: bikinis, pareos, camisetas, shorts,... ¡Me voy a Las Bahamas! Tengo preparados los zapatos. Esta vez he elegido unos Muxart de color blanco con estampado de colores. Son veraniegos y resistentes. En el zapato derecho he escrito “Origen: Barcelona” y en el izquierdo “Destino: Clarence Town/Long Island”. Estas son las palabras mágicas básicas. Después están las palabras funcionales como las que forman la dirección del hotel en el que me alojo durante mis viajes especiales.

Cuando me regalaron ese extraño zapatero redondo, pensé que no había visto nada más horroroso en mi vida pero, claro, los que sabían de mi obsesión por comprarme zapatos, supusieron que era un obsequio fantástico. Lo dejé en la habitación de invitados y me olvidé de él. El día en el que mis armarios ya estaban al límite de su capacidad, lo desenterré del olvido y lo coloqué en el vestidor. Mi última adquisición había sido unos Twin de Camper , que tienen como característica diferencial tener estampados diferentes pero complementarios para cada pie. Me encantan esos Twin... Inspirándome en ese modelo, una tarde de aburrimiento, me dediqué a pintar unas deportivas blancas, con un rotulador indeleble. Estaban castigadas por el uso y me pareció una idea divertida para aprovecharlas una temporada más. Me dio por dibujar un mapa que se extendía por el par de zapatos y consigné dos ciudades: Barcelona y Nueva York.

En Barcelona, vivo y Nueva York era mi sueño incumplido ya que mi fobia a volar hacía imposible que pudiera conocer esa ciudad. Cuando me cansé de pintarrajear mis bambas, las coloqué en el zapatero circular y, en un acto reflejo, lo moví con la mano y lo hice rodar.



Al día siguiente, me puse mis deportivas customizadas y fue acabar de atarme los cordones y encontrarme sentada en un banco del Central Park. Tras cerciorarme que aquello no era un sueño, sentí un miedo terrible: me encontraba en chándal, sin documentación ni dinero, en medio de una de las ciudades más grandes del mundo. Cuando fui consciente de la situación en la que me encontraba, volví al banco en el que había aparecido y me senté, abatida, mirando al suelo... Entonces me fijé en las deportivas: Barcelona-Nueva York. ¿Y sí?... Paré a un par de corredores que hacían su circuito por el parque pidiéndoles un bolígrafo pero no tuve suerte hasta que pasó una chica con una gran mochila y pinta de estudiante. Creo que pensó que estaba loca cuando me vio garabatear en mis zapatos. Invertí el orden del Origen y el Destino que estaban escritos en mis pies y aparecí, de nuevo, en mi vestidor con el bolígrafo de la chica en la mano.

En el momento en que mi mente procesó lo que me había ocurrido, lancé un gritito de euforia. Y después, más grititos. Creo que también brinqué y bailé por el vestidor... Y más grititos... Si mis sospechas eran ciertas... ¡Me podía transportar al lugar del mundo que yo quisiera!

Decidí hacer una prueba mucho más detallada y preparada con antelación. Elegí Chicago, ya que estaba interesada en ver la escultura de Jaume Plensa en el Millennium Park. Reservé un hotel cercano y preparé una bolsa de mano con mi documentación, unos jeans, una camiseta y dólares.



En unas Nike viejas, escribí Origen y Destino pero consigné la dirección del hotel, como información adicional. Metí las Nike en el zapatero y lo hice rodar. Básicamente, reproduce todos los movimientos realizados en mi traslado a Nueva York. Me colgué la bolsa en el hombro y me até los cordones y... Just Do it!... me encontré en el vestíbulo del Hotel Millennium, preparada para registrarme y visitar la ciudad. La foto que me hice delante de la Crown Fountain es uno de mis secretos mejor guardados, ya que nunca le he dicho a nadie lo que hago con el mueble zapatero...

Ya ha pasado un año y no he dejado de viajar. Mi familia empieza a sospechar. A veces, no puedo contenerme y hablo más de la cuenta: Los Moais de la Isla de Pascua, El Bosque de Piedra en China, la Gran Ola en Arizona,... Y mira que me he reprimido y no he enseñado ni una foto...

No me gusta mentir pero voy a hacerlo.

Descaradamente.

Esta noche, en una cena informal, vamos a celebrar que he superado mi fobia a volar. También les diré que me tomo un año sabático y que me voy a dedicar a viajar, cosa que es una verdad como un templo.

En mi vestidor, ya tengo una veintena de pares de zapatos, a la espera de que les otorgue un Origen y un Destino. He ido perfeccionando mi técnica y ya los decoro con motivos multicolores y elaborados. Me quedan preciosos. Y los guardo todos...Cada uno de esos pares, son el archivo de un viaje mágico.



Después de cenar, me pondré los Muxart y me iré a Las Bahamas. Gracias al cambio horario, llegaré al Hotel por la mañana y como me encanta bucear, lo primero que voy a hacer es una inmersión en el Dean's Blue Hole.

Para el mes que viene, he pensado en visitar la Patagonia...O Mauricio...O...

Ya lo pensaré.

Origen y Destino.

Os dejo, que mis invitados llegan para la cena.



UNA SENCILLA MESA.

Lo que le digo a todo el mundo es que , tras mi viaje a Japón, he cambiado espiritualmente y me he rendido a su estilo de vida , lo que incluye comer sentado en el suelo y para que mi historia sea más creíble, he aprendido a cocinar *sushi*...

A los que vienen de vez en cuando, les divierte toda esa parafernalia oriental y se sientan en los cojines , encima de la tarima, entre risas y contorsiones varias. Los “habituales”, no me preguntan por la mesa porque ellos conocen la historia (aunque no se la crean) pero sí que me piden que me compre una mesa. Otra. La que sea...pero una mesa...

Los entiendo perfectamente . Sé que las timbas de póquer no son lo mismo a ras de suelo...pero yo soy el único soltero, con casa disponible y tiempo de sobras...además, soy amigo de mis amigos. Y de mis colegas, también y siempre estoy dispuesto a abrir las puertas de mi piso. No creo que sea tan importante que tenga una mesa , ¿no?. Tampoco hay que olvidar que, a las mujeres, les encanta todo este ambiente japonés y lo de ser un experto en *sushi*, me ha permitido pasar algunas veladas memorables...Ya me entendéis...

Con lo que no contaba era con lo de enamorarme. Y , tampoco contaba con lo de que ella, viniera a vivir conmigo tan pronto. O sea, ya. Ya está aquí. Mis amigos vienen menos y las timbas, semanales, han pasado a ser mensuales pero...mira... estoy loco por esta mujer y me compensa pero...ya ha empezado a hablarme de la mesa. Este sábado, pretendo que vayamos a comprar una a Habitat y a mí, sólo de pensar en esa posibilidad, me ha dado un ataque de pánico.



Y lo peor, es que no tengo ningún apoyo. Mis colegas están contentos por poder jugar a las cartas (aunque sea una vez al mes) encima de una buena mesa y se ríen de mí, cuando les explico el trance por el que estoy pasando.

Yo he sido víctima de una mesa loca. La anterior a esta era un modelo rústico que provenía de la casa de campo de mis padres y que estaba vieja y bamboleante (tuvo un ataque de carcoma) pero era de una madera maciza y oscura que me encantaba. Cuando me llamó un amigo para ofrecerme la oportunidad de mi vida (conseguir una súper mesa de diseño, totalmente gratis), no dudé ni un instante y dije que sí. Lo más sorprendente es que no tuve que ir a buscarla yo ... Me la trajeron a casa ,una hora después de haberla aceptado.

Y digo sorprendente, porque el que regala un mueble, normalmente quiere deshacerse de él, rápidamente (sí) , pero no se quiere hacer cargo del traslado (evidentemente) y más si es un mueble voluminoso. Normalmente, el favor que te hacen lo pagas con el favor que les haces al desplazar, fuera de sus vidas, esa cosa que ocupan un espacio importante. En este caso, sesenta minutos después de colgar el teléfono, unos señores de UPS, descargaban la mesa en mi salón y se llevaban la vieja mesa familiar. Juro que me pareció que , cuando la bajaban por la escalera, las patas carcomidas me hicieron un gesto un tanto obsceno.

La nueva mesa era preciosa. La acaricié , pasando suavemente las palmas de las manos por la superficie brillante. Oí un gemido que ignoré y seguí mi ruta acariciante. Más gemidos...Busqué el origen del sonido , pensando en mis vecinos , pero al cesar el contacto con la mesa, se hizo el silencio. Estaba yo pensando en aquel extraño fenómeno, cuando sonó el timbre de la puerta.



Mis amigos entraron en tropel, cargados de cerveza , dispuestos a celebrar la timba semanal. Cubrimos la mesa con un tapete de fieltro verde oscuro y dispusimos los elementos necesarios para nuestro ritual: las cartas, las botellas, los ceniceros, ...Fue una noche infernal : el mantelito siempre estaba arrugado. En varias ocasiones , parecía moverse y tumbaba los botellines de cerveza o desmadejaba el taco de cartas. A uno de mis colegas, se le cayó un cigarro fuera del cenicero y quemó el tapete. No entendimos su enfado cuando nos acusó de darles patadas por debajo de la mesa. Se levantó y se fue dando un portazo, con los tobillos hechos una piltrafa. Después supe que había sido ella, claro.

Las cosas fueron empeorando a medida que pasaban los días. Si te olvidabas el salvamanteles (yo no sabía ni que existían) y se quemaba un poco, me sacudía con la patas. Si no ponía el mantel y colocaba mi portátil encima, al calentarse la batería, la mesa se enfadaba y se doblaba en dos . No aplastó mi Mac de milagro.

El mantel , que debía ser de lino y planchado (no toleraba las arrugas) era lo único con lo que estaba tranquila . Si comía sin él, extendía sus patas horizontalmente y me dejaba plantado en el suelo , con desparrame de platos y vasos. Al darme cuenta de lo que pasaba, emprendí una lucha sin cuartel contra la mesa.

Quería doblegarla.

Comía con espinilleras y coderas, ideé un sistema de barras de hierro para impedir que se doblara e incluso, apilé libros debajo, cubriendo su altura para que no pudiera desplomarse... Mis amigos me confesaron que creían que estaba loco en esa época de mi vida... y , es verdad. Estaba loco .



Y la mesa, también.

La muy bruja, nunca se mostraba hostil cuando había alguien en casa. Lo hacía en la intimidad, con el único objetivo de fastidiarme ...Llegamos a los insultos (la mesa, hablaba) y a las manos (y a sus patas). Descubrí, con horror, que no podía moverla. Ni cortarla con una sierra del tamaño de la de Viernes 13. La situación se hizo muy , muy tensa y , lo peor, no veía solución.

Al mes de tener la mesa loca en mi casa, el que estaba a punto de volverse loco era yo. Aunque penséis que ya lo estaba (¿Quién batalla contra una mesa?) os prometo que todo lo que os he explicado, es verdad. No fueron imaginaciones mías. Tengo videos y fotos que lo demuestran. Así que, consciente de lo inusual de la situación y el peligro que corría, tomé una decisión : ella o yo.

Y fui yo.

Puse el piso a la venta a un precio atractivo e incluí “todos los muebles”. No tardé en venderlo, perdiendo dinero pero, ganando , al fin, la batalla contra la mesa loca.

Allí se quedó... De momento, el nuevo propietario no ha contactado conmigo, aunque también es verdad, que me cambié de teléfono e intenté borrar mi rastro lo mejor que pude.



Me tuve que ir a vivir a las afueras ya que el dinero que obtuve de la venta del piso , fue ridículo pero ...es que era el precio de eliminar a la mesa loca de mi vida... Cuando llegó el momento de amueblar el diminuto apartamento, no me vi capaz de comprar una mesa nueva.

Tengo un trauma. Serio.

...pero dicen que el amor todo lo puede, ¿no?...Y , por ella, por la mujer de mi vida, tengo que conseguir superarlo.

Iré a la maldita tienda y prestaré atención a las mesas que allí habitan. Tendré que controlarme para no dar unas patadas a las patas o pasar las manos por la superficie para observar su reacción... Me llevaré un punzón y un mechero.

Y las espinilleras.

Por si acaso.



UN SENCILLO MUEBLE CAJONERO.

Pepa era una mujer práctica. Todo lo que la rodeaba era funcional. Podía haber una coincidencia entre “bonito” y “funcional” y si la había, Pepa se decantaba por lo “bonito” pero...siempre “funcional”.

Había vivido muchos años, sumergida en la agobiante atmósfera del piso de su madre . Allí los tapetes de ganchillo, los jarones con flores (de plástico), los recuerdos de bodas, comuniones y bautizos, las fotografías enmarcadas en plata, de todos los miembros de la familia, las cajitas que no servían para nada pero se colecciónaban (de niña, las había contado: más de doscientas!)), las cortinitas con volantes, los libros falsos para dar prestancia a la librería de diseño barroco,...La mayoría de objetos que habitaban con la familia, no servían para nada. “pero queda bonito” le decía su madre.

A Pepa ,tanto tiempo bajo el reinado de “lo-bonito-de-su-madre”, se le había desequilibrado la percepción de lo que era bonito y lo que era feo. Ya no lo sabía. Así que lo único que le importaba de las cosas, era que le fueran útiles.

Al contrario de lo que puedes estar pensando ahora mismo, la casa de Pepa era bonita. Liviana y clara, de paredes blancas diáfanas, sin cuadros. Había pocos muebles, pero los que había llamaban la atención. Una gran mesa giratoria presidía la sala, y sobre ella descansaba una gran tele extraplana que podía verse perfectamente desde cualquier ángulo. Le gustaba ver la tele.

No tenía sofá. Siempre acaba estirada , en posición horizontal , así que decidió facilitarse la vida y , directamente, comprar una *chaise longue* (doble, por si tenía visita).



Los libros ocupaban una estantería que llegaba al techo, de listones blancos y sencillos con una escalera con ruedas. Lo importante era tenerlos todos a la vista y llegar fácilmente.

El salón se completaba con una gran mesa , rodeada de seis sillas (para las cenas con amigos), en la que siempre estaba presente su MacBook, abierto y conectado.

En su habitación, sólo había una gran cama y otra tele colgada en la pared. Un gran vestidor daba paso al lavabo en el que había unas mullidas toallas blancas , un albornoz y un espejo-armario en el que guardaba los productos de belleza (también pocos pero imprescindibles).En el vestidor, tenía clasificada su práctica ropa : camisas y camisetas blancas, pantalones y faldas negras, jeans , unas cuantas americanas y chaquetas.... Los zapatos , horrorosos pero muy cómodos, ocupaban una zona preferencial y Pepa, había situado una banqueta para sentarse y otra, inclinada, para apoyar el pie y abrocharse los cordones, cremalleras o hebillas más cómodamente.

No había flores, ni plantas. Ni jarroncitos. Ni cajitas.

A Pepa le habían dicho que era la máxima expresión del minimalismo y a ella ya le iba bien. Prefería que la llamaran minimalista que rara...Y es que no le quedaba más remedio que reconocer que aquella aversión por cualquier elemento superfluo a su alrededor, era raro.

Hacía unos meses que Pepa tenía un amante. Una aventura. Un *no-sé.-qué*. Ya hacía tiempo que había dejado de buscar una relación seria y formal. No sabía si era por su rareza o por la superficialidad de los amores que había encontrado pero no tenía pretensiones más allá de compartir unos buenos momentos con otro ser humano.



Esta vez, habían pasado los límites temporales habituales y aquel hombre estaba cada vez más afianzado en su vida, muy cómodo en su casa espartana y absolutamente encandilado con Pepa. Ni siquiera le había pedido que se pusiera otro tipo de zapatos... De una forma natural, ella también se empezó a encandilar.

Y encandilándose , encandilándose , un día se descubrió admirando un mueble cajonero en el escaparate de una tienda. Cuando lo vio, su corazón empezó a latir más deprisa. Una sensación de anhelo la recorrió, de arriba abajo, mientras su mirada recorría y acariciaba las formas de la cajonera. Lo más extraordinario del suceso es que aquel mueble, *no* le servía para nada. No lo necesitaba. Era inútil.

Pepa intentó resistirse a la tentación y cada día, se desviaba de su ruta para no pasar por delante del escaparate pero cuando entraba en su habitación, se imaginaba el mueble cajonero perfectamente integrado en una de las paredes... Vacío, claro, porque no lo necesitaba para nada.

Era tal su obsesión que Pepa le explicó su desazón a su amorcito. Al día siguiente, el mueble cajonero llegaba a su puerta, coronado con un gran lazo rojo y un mensaje que decía : *Te quiero.*

A Pepa nunca le habían dicho *te quiero*. Ni de viva voz, ni por escrito ni siquiera con un gesto así que se vio aplastada por una onda de amor desbordante y no pudo evitar que el mueble cajonero que no le servía para nada, acabara en la esquina izquierda de su habitación.

En el último cajón encontró una nota del diseñador. El mueble constaba de diez cajones y su nombre era “La Cajonera Definitiva N° 10”.



Explicaba que el décimo cajón era un archivador definitivo. Cualquier cosa que se introdujera allí, quedaría definitivamente archivada y fuera de su vida. Sonríó ante la audacia del diseñador y del departamento de Marketing pero no pudo evitar explorar el décimo cajón para ver si allí había algo especial o fuera de lo común. Cómo era de esperar, sólo encontró un compartimiento vacío...

Pasaron los días y se fue acostumbrando a la cajonera. El primer cajón le resultó útil y, aunque sólo fuera uno, aquello ya le daba un sentido al mueble. Cada día, lo abría para soltar las llaves del coche y las de casa. Ese, era el cajón de las llaves... Al cabo de un tiempo, utilizó el segundo para dejar las monedas y el cambio pesado que tenía en los bolsillos. Ese, se convirtió en el cajón de las monedas.

Y mientras le otorgaba una función a cada cajón de su mueble, su historia de amor, la que la tenía encandilada, se convertía en una relación sólida, duradera, formal...

Cuando Pepa ya iba por el quinto cajón (ese sería el de los cargadores de móvil), el amor de su vida le planteó la posibilidad de vivir juntos. Ella, dudó. Todo era muy “bonito” y, por fin, había sabido que significaba *aquello*. Sabía que *aquello* era “bonito”.

No era funcional y práctico... era hermoso. Y tenía miedo... Tal vez, sólo tal vez, aquella faceta minimalista de su alma, podía acabar con aquella relación... Con toda aquella belleza.... Pero Pepa, que ante todo era muy práctica, reflexionó y pensó que podían hacer una prueba. Un “a ver qué tal”. Si la cosa se intuía mal, siempre podían volver a ser amantes y amigos.



Las vacaciones , les otorgaban una semana de tiempo libre y... de test. El amor de Pepa, hizo su maleta para pasar una semana con ella. Llegó a su casa y no esperó a acomodar sus cosas sin antes besarla, abrazarla y hacerle el amor. Cenaron, vieron películas antiguas estirados en la chaise longue y se fueron a dormir. Al entrar en la habitación, se demoraron admirando el mueble cajonero, símbolo de su querer y leyeron, de nuevo, la curiosa etiqueta que había en el décimo cajón.

Al día siguiente, desayunaron haciéndose arrumacos mientras se juraban amor eterno. Pepa estaba tan emocionada que estaba dispuesta a aceptar unas flores para ponerlas en un jarrón. No servían para nada pero...¡eran tan bonitas!...

Mientras se duchaba, oyó la voz del amor de su vida. Lo había dejado deshaciendo su maleta : *Cariño, ocuparé el último cajón para mi ropa interior. ¡El décimo y definitivo!*-dijo mientras reía.

Y cuando Pepa oyó la última palabra, un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Salió de la ducha, envuelta en su albornoz y no vio a nadie en la habitación. La maleta no estaba en su sitio. Recorrió la casa y revisó todas las habitaciones, mientras iba preguntando *¿Amorcito?*. No había ni rastro.

Temblaba descontroladamente cuando entró, de nuevo, en su dormitorio. El décimo cajón del mueble cajonero, emitía una luz roja intermitente. El pomo se desplazó hacia fuera y desplegó una pantalla digital .



No era bonita pero sí muy funcional.

Lo último que Pepa vio, antes de desmayarse ,fue el mensaje que parpadeaba en el *display* del pomo del cajón : “*Archivado y Fuera de Su Vida*” .



UN SENCILLO ESPEJO.

-*¿De verdad lo vas a tirar?*-Preguntó Mari Pili. No se lo podía creer. ¡Si era un espejo precioso! – ... pero ¿Por qué? ¡Si es precioso!.

Blanca dejó el espejo en el suelo y miró a su amiga : *Lo he intentado romper, pero no puedo. Es indestructible. Y no es precioso, es, es...maligno. Lo compré en un mercadillo, por cuatro duros . No creí al hombre del puesto de antigüedades cuando me dijo que era el espejo del cuento de Blancanieves. Es más, aquel tipo me pareció siniestro ... Cuando se enteró que me llamaba Blanca, casi que me lo regaló. ¡Maldito regalo!.*

Mari Pili acarició el elaborado marco de madera . Lo habían decapado en un blanco roto y enmarcaba el espejo convirtiéndolo en un objeto delicadamente bello.

-*¿Estás oyendo las tonterías que dices? ¿Un espejo maligno? ¿Blancanieves? Si no te conociera tanto, pensaría que te has vuelto loca. ¿Qué te ha hecho el espejo, eh?*

-*Te cambia, Mari Pili. Te convierte en alguien diferente...pero conmigo no lo va a conseguir. Va al cubo de la basura pero ¡ya!*

-*No puedo dejar que tires esta preciosidad. Dámelo a mí.*

-*No te puedo hacer eso. Esta cosa...esta cosa ¡habla!... y te convence... ¡No! A la basura, dónde no pueda hacer daño a nadie.*



Mari Pili intentó convencer a Blanca. Le dio todo tipo de argumentos : desde la necesidad que tenía de poner un espejo en su habitación , a la posibilidad de que el espejo sólo se activara con las “Blancas” y las “Nieves”. Ella, llamándose Mari Pili, estaba a salvo... Ninguno de sus razonamientos convenció a la propietaria del objeto y al salir de casa de su amiga, Mari Pili, se encontró encaramada en el *container*, trasero en pompa, rebuscando en la basura el dichoso espejo. Y todo esto, de incógnito.

Llegó a su portal, cargando con el espejo y un penetrante olor a porquería que hizo que la nariz del portero se encogiera cuando le abrió la puerta. No permitió que la ayudara a transportarlo, cosa que el hombre agradeció, aliviado de no tener que compartir el ascensor con Mari Pili.

Ya en su habitación, descolgó el sencillo espejo del Ikea que había comprado hacía apenas un par de semanas y colgó el precioso espejo de Blanca nieves...Contempló , satisfecha, lo bien que quedaba en aquella sala. Su cama, con dosel y visillos de gasa , era una reproducción a tamaño adulto de una cama de princesa. En una esquina, había un diván, de un intenso color violeta lleno de cojines de terciopelo granate. Un tocador de madera blanca , decapada y...¡Del mismo tono que el espejo!, se apoyaba en la pared. La superficie estaba llena de perfumes, esencias, aceites y cremas. Delante, una silla imponente, en seda también violeta, en la que Mari Pili se sentaba para maquillarse o desmaquillarse, para ponerse sus mascarillas revitalizantes o relajantes o para mirarse mientras cepillaba su larga melena de color chocolate.



En ese momento, dejó de mirar a su alrededor y se concentró en el rostro que le devolvía el espejo. ¿Tenía peladuras de naranja en aquella preciosa larga melena de color chocolate? Olisqueó su ropa y como si despertara de un sueño, fue consciente que estaba hecha una porquería y olía a lo mismo. Corrió a la ducha.

Ya sentada en su tocador, delante del nuevo espejo, inició sus rituales cosméticos. Examinó con atención su piel, limpia y fresca. No veía arruguitas nuevas y parecía que conservaba un nivel de tersura bastante correcto. Se centró en las cejas y su forma arqueada y decidió que le sobraba un pelillo en la ceja izquierda –zona-próxima-al-entrecejo. Se lo sacó y aplicó un tónico descongestionante para que la zona en la que había aniquilado el pelillo, no se irritara. Eligió una crema hidratante e inició un masaje facial para permitir que el producto fuera absorbido por la piel. Cuando acababa ese proceso, su piel lucía sana y sus ojos brillaban. Se veía guapa, mucho más que cuando se maquillaba... Y es que Mari Pili era guapa. Y lo sabía. Apoyó la mejilla en la mano y mirándose fijamente en el espejo preguntó : *Espejito ¿Quién es la más bella del mundo?* Y...Efectivamente ... El espejo se tornó brumoso y una especie de nube empezó a deslizarse de arriba abajo...

Una voz profunda le respondió : *La más bella eres tú .*

Mari Pili se quedó pasmada. ¿Sería verdad que el espejo hablaba?

-A ver, repite eso-le dijo al espejo.

-La más bella eres tú – repitió la voz profunda y añadió-*pero...*

-¿Pero?-Mari Pili estaba asombrada e intrigada-*pero... qué?*-le dijo en un tono apremiante.



-...Pero yo de ti-en ese momento la voz cambió de entonación y se hizo más femenina y con musicalidad muy marcada-me haría unas mechas. De verdad, tu tono es precioso y muy fashion pero le falta un poco de vida. Más luz. Yo me haría unas mechitas en la zona delantera de un rubio dorado. Te quedarán de fábula.

Mari Pili empezó por unas mechas de rubio dorado, le siguió un corte de pelo “más dinámico” y por capas (que la hacía parecer más joven) y un cambio en el guardarropa y unos kilitos de menos y uñas de porcelana y unas inyecciones de bótox y depilación láser y elevamiento de pecho y eliminación de ojeras y...

Nadie podía decir que Mari Pili no estuviera fantástica. Era todo un éxito. Lucía esplendorosa y guapísima , todo gracias al espejo. Atrás quedaron aquellos días en los que su cara recién lavada le parecía hermosa. Ahora, no lo parecía, lo era , aunque para ello tuviera que ir cada quince días a la peluquería, al dermatólogo, al nutricionista, ...

Si algo tenía Mari Pili eran muchos amigos. Y mucha alegría. Era una persona sociable y acogedora. Todo el mundo apreciaba a Mari Pili hasta que un día, Mari Pili se dio cuenta que ya no la llamaban tan frecuentemente, ni la invitaban a cenas y fiestas... No sabía cuándo había empezado a pasar aquello pero, estaba sola y se sentía sola. Pensaba en ello, sentada en su tocador delante del espejo.

-¿Qué habrá pasado? ¿Qué habré hecho yo, para merecer esto? Ni siquiera Blanca me responde al teléfono y cuando me la he encontrado, me saluda de forma cortés pero siento que está deseando salir corriendo...

-Tus amigos no te merecen, cariño. – Dijo el espejo.



-Tienes razón. Siempre tienes razón y yo tengo suerte de tenerte conmigo espejito. Sin ti, no hubiera podido resolver aquel terrible dilema cuando descubrí que el marido de mi mejor amiga tenía una amante. Fue buena idea, decirlo en público en aquella fiesta, para que el traidor no pudiera escapar. También me ayudaste cuando me dijiste que debíamos ser sinceros y no tener secretos .

...¿Recuerdas la Fiesta de La Verdad que organicé?. Fue fantástico. Así supimos quién de nosotros no se caía bien y todas las cosas que nos irritaban de los demás. ¿Quién me iba a decir a mí que a Pepa no le gustaba mi forma de ser? Si mal no recuerdo, dije que era una zorra y que me acercaba a todos los tíos casados, sobándolos, para ponerlos ...ya sabes. Me lo pasé fenomenal cuando le demostramos que era su marido el que me sobaba a mí. Eso de grabarlo en video y ponérselo en la Reunión de Mujeres Avon, fue un punto. Ah! Y lo de los niños...¡Qué maleducados que son, oye! Estas madres de hoy en día, no saben educarlos. Ya sé que me dijiste que les riñera, gritándoles y que les diera algún cachete en el culo. Pude gritarles, lo del cachete lo probaré en otra ocasión pero debo confesarte que casi, casi pude hacerlo pero... Les grité con toda la mala leche que fui capaz...

A partir de ahí, la velada fue una delicia. Tan monos y calladitos. Inmóviles y sentaditos en el sofá de mi salón. No entiendo por qué las mamis se lo tomaron tan mal...¡Tampoco fue para tanto!...Lo de mis hermanos y la herencia de papá. Otro tema espinoso. ¡Menos mal que te tenía conmigo, espejo maravilloso! Era verdad que habíamos hecho aquella jugada fiscal con papá en vida, para que no se nos comieran a impuestos y que yo, que era la única chica de los hermanos(y soltera), lo tenía todo a mi nombre y que después debía repartir entre los tres vía el holding de empresas.



Tú, espejito, me hiciste ver que no había nada firmado... Ni un papel. Era una verdad moral pero no era una verdad legal. Esa frase nunca la olvidaré. Ahora soy inmensamente rica ¡No es lo mismo un tercio que todo! Supongo que cómo tú bien dices, el dinero genera envidias y malos rollos. La política de igualdad-con-los-familiares que me aconsejaste ha funcionado de maravilla. Me pedían ayuda económica : cuñadas, primos, sobrinos... Eran demasiados y tenía que decidir entre ayudarlos a todos o a ninguno: la Ley de la igualdad-con-los-familiares.

Así que la decisión de “ninguno” fue la más acertada. ¡Qué esto no es un pozo sin fondo y yo tengo mucha, mucha familia...aunque ahora no vea a ninguno de ellos! ¿Sabes que te digo? ¡Mejor así!. Tú y yo. No necesitamos a nadie más.

Mari Pili observó su rostro atentamente...Uf! Se le estaba descolgando un poquito el pómulo izquierdo. Pediría hora al día siguiente, para volverlo a equilibrar. Sonrió al espejo, mirándolo con ojos desquiciados.

-Dime espejito mágico, que no me canso de oírtelo : ¿Quién es la más bella , por dentro y por fuera, del mundo mundial?

Y el espejo respondió : – *La mujer más bella por dentro y por fuera del mundo mundial, esa eres tú, Mari Pili. Y aprovechando la ocasión déjame darte uno de mis sabios consejos : debes encargarte de Blanca. Hace muchas preguntas sobre “el espejo” y empieza a sospechar que me tienes escondido. Es la única que sabe lo que puedo hacer y no querrás que se apodere de mí de nuevo, ¿no?. Escúchame atentamente, Mari Pili. Te voy a explicar lo que he pensado para solucionar lo de tu amiga...*

(...)



UNA SENCILLA LAVADORA.

Tengo la solución definitiva para la paz mundial. ¡Sí! Habéis oido bien : paz en el mundo. Nada de guerras, ni disputas...¿No es maravilloso? Yo creo que sí pero...parece que soy la única...Nadie me cree y, claro, seguimos matándonos y luchando entre nosotros.

No sólo poseo esta panacea si no que la quiero compartir. La he puesto a disposición de todos los gobiernos que existen actualmente, para poder usarla gratis . No pido nada a cambio. Incluso pongo el detergente y el suavizante pero...nada. No hay respuesta.

Desde que estoy aquí, tengo más tiempo para dedicar a mi investigación. Estoy recopilando todos los conflictos armados y políticos que existen en el planeta para poder encontrar una ruta que me conduzca a un enlace válido. Alguien que esté en el sistema y que me crea o bien, que no me crea pero que pruebe mi lavadora. Si sale mal y no pasa nada, lo que pasará es que tendrá una colada bien limpia y con un aroma a suavizante muy fresco que no se va en varios días...

Mi lavadora está en casa. La compré en unos grandes almacenes y no fue ninguna ganga. Yo era una experta buscadora de ofertas y siempre encontraba un establecimiento que vendía mobiliario de otras temporadas o una tienda de electrodomésticos que ofrecía buenos productos pero que estaban golpeados o con alguna tara por haber estado expuestos. Los precios siempre eran imbatibles y yo me enorgullecía de mi sagacidad a la hora de comprar “bueno, bonito y barato”. Cuando mi lavadora hizo su último centrifugado, seguido de un gran ¡Crack! que resonó en todo el piso y un agónico ¡Paf! que la dejó inservible, inicié la operación “Compra de la nueva lavadora”.



Normalmente, antes de buscar las ofertas irrepetibles, realizaba una visita a un gran centro comercial donde algún amable vendedor me ponía al corriente de las novedades. Con esa información, realizaba una segunda búsqueda en otros establecimientos pero...en aquella ocasión, la lavadora *XCleanLife 3.200 Turbo*, me robó el corazón. No pude escapar a la voz profunda e hipnótica del hombre que me atendió en la sección de electrodomésticos : *Esta lavadora es un prodigo de la ciencia. Ya le digo yo que más que un electrodoméstico la XcleanLife 3.200 Turbo es un milagro. Tiene cinco programas de centrifugado y una función antiarrugas que saca la ropa en un estado perfecto para la plancha o para la secadora. Ella solita, detecta si es ropa de color o blanca, si es delicada o de algodón resistente, si debe poner más o menos quitamanchas y suavizante. Si no la abre en los cinco minutos después del lavado, inicia un ciclo de mantenimiento para que jamás, abra el bombo y se encuentra la ropa arrugada y con ese desagradable olor a humedad cerrada. Su consumo es bajísimo y está programada para usar la mínima agua y la temperatura imprescindible.*

El hombre paró de hablar para tomar aire mientras acariciaba la lavadora, con una ternura infinita. *¿Qué le parece?*. El brillo de mis ojos y los movimientos involuntarios de mis manos hacia mi tarjeta de crédito , eran señales de que el discurso me había convencido. No sé por qué pero yo también acaricié la lavadora, justamente en la zona del bombo y noté una extraña sensación de euforia. *La XCleanLife 3.200 Turbo tenía que ser mía.*

En unos minutos me encontré gestionando el papeleo de pago , transporte e instalación de la lavadora más cara del mercado.



El vendedor me sonreía con aire satisfecho y yo supuse que sería por la jugosa comisión que había conseguido a mi costa pero, cuando ya me disponía a irme, me tomó del brazo y acercó su rostro. Susurrando, me dijo estas palabras : *Se lleva algo más que una lavadora. Ya le dije que era milagrosa. Es una venta especial y no estoy autorizado a decirle nada más que esto : La XCleanLife 3.200 Turbo , lava los trapos sucios. No lo olvide.*

Me giré para preguntarle qué quería decir con eso pero, para mi sorpresa, el hombre de voz profunda, ya no estaba en mi zona de visión. Lo busqué con la mirada, recorrió la zona de lavadoras pero fui incapaz de localizarlo. Estaba harta de estar en el Centro Comercial, pensaba en el atasco de salida y el largo camino hasta llegar a casa y desistí de buscar al extraño vendedor .

La XcleanLife 3.200 Turbo llegó a mi vida dos días después. Os diré que era una lavadora tan , tan bonita que mi cocina parecía otra cocina. Le daba elegancia y un cierto nivel. Tal y como se me había prometido, la lavadora prácticamente funcionaba sola. Yo sólo introducía la ropa y la sacaba. Nunca mi colada estuvo más blanca y perfumada...De vez en cuando, me acordaba de lo de “lavar los trapos sucios” porque me tocaba lavar los dichosos trapos sucios tras la limpieza general y cuando los sacaba de la lavadora, admiraba su limpieza...y ya está.

Una tarde me vino a visitar mi amiga Herminia. Éramos muy amigas pero lo habíamos sido mucho más en otros tiempos. Ocurrió un extraño suceso entre el que en aquella época era mi novio y la dulce Herminia . Ella nunca lo admitió pero yo tenía pruebas contundentes, incluida la confesión del que había sido mi pareja (además, sabía lo del lunar con forma de corazón que Herminia tiene en la ingle más profunda).



El tiempo pasó y él salió de mi vida.

Me quedé destrozada y sola .

Triste y abandonada...hasta que llegó Herminia y me obligó a reaccionar. Y aunque siempre estaría agradecida a aquel acto de amistad, el hecho “objetivo” que se acostara con mi ex novio (aunque ella dijera que no) hacía que se empañara nuestra amistad. Mientras Herminia admiraba mi lavadora, recibí un mensaje telepático (no sé cómo llamarlo) del vendedor : “Lava los trapos sucios”. Miré a Herminia y sentí que ahí estaban *los trapos sucios* que debía lavar. Sé que la sorprendí con mi pregunta sobre aquellos cuernos y que se quedó de piedra cuando le pedí que se despojara de una prenda. No sé cómo pero sabía lo que debía hacer y cómo. Se sacó la camiseta y yo me saqué la mía e introduje ambas prendas en la lavadora. “Ahora, vamos a lavar nuestros trapos sucios”-le dije sonriendo. La lavadora se puso en acción. Observamos que el bombo empezaba a girar, emitiendo destellos resplandeciente y fogonazos de una luz dorada muy especial. Herminia me miró sin comprender que estaba pasando pero cuando saqué las camisetas y nos las volvimos a poner en el cuerpo, ella me confesó su desliz, me pidió perdón y, lo más sorprendente, yo la entendí y la perdoné. De golpe, aquello que nos separaba dejó de existir y notamos que el afecto verdadero volvía a nuestra relación.

Después de ese día y de ese mágico suceso, empecé a llevar a casa, a personas de confianza que querían lavar sus trapos sucios. Desde mis dos vecinas , embarcadas en una lucha de poder por las zonas para tender en el terrado que saboteaban sus prendas con lejía y desgarros, a los dos hermanos (amigos de Herminia) enemistados por una herencia: uno de ellos sospechaba que el otro, había ido a casa de los padres antes que nadie (y con nocturnidad y alevosía) a llevarse dinero en efectivo que no hizo constar en el “reparto” testamentario.



Al ver que la *XCleanLife 3.200 Turbo* funcionaba y *lavaba los trapos sucios*, generando un ambiente de armonía y entendimiento, quise probar con algo más consistente. En mi barrio había una Asociación de Ciudadanos para la Conservación de Edificios Históricos que llevaba años luchando por catalogar una biblioteca pública, ubicada en un edificio que se iba a demoler. Se decía que el Ayuntamiento había favorecido al nuevo propietario, emitiendo un informe de estado ruinoso y sin posibilidad de restauración que obligaba a su demolición. Se hablaba de sobornos en ambos bandos y del empleo de las malas artes para expulsar a los inquilinos del edificio. Yo conocía a uno de los activistas que proponía una solución que podía ser beneficiosa para ambas partes, marcando unos lindes que permitían conservar la biblioteca y edificar nuevas viviendas pero los intereses económicos y políticos habían ahogado su voz y se había dado un carpetazo a su propuesta.

La forma de llevar a cabo mi experimento fue poco ortodoxa. Lo admito.

No encontré otra forma de hacerlo. Conseguí somníferos y dormimos al Presidente de la Asociación, al nuevo propietario y al concejal de Urbanismo del Ayuntamiento. Estaban reunidos en la sede de la Asociación a petición de mi amigo y allí, los sorprendimos con un té frío atiborrado de pastillas para dormir. Les sacamos una prenda a cada uno y yo me fui a casa (“*Los trapos sucios se lavan en casa*,” me decía la voz del vendedor) a lavarlas. De vuelta, los volvimos a vestir y esperamos que despertaran. El experimento fue un éxito pero también, fue un factor determinante para que yo esté ahora, aquí.

Bueno, sí, fue “el factor”...



La propuesta de mi amigo fue aprobada y se preservó la Biblioteca. Tras *el lavado de trapos sucios*, los tres responsables del tema llegaron a un acuerdo pero...también decidieron denunciarme por haberlos drogado sin su consentimiento y haber atentado contra su intimidad al sacarles las camisas. Uffff!

Me llevaron a juicio. No os puedo explicar lo que sentí cuando vi a Herminia en el estrado , declarando como testigo. Y a mis vecinas y a los hermanos amigos de Herminia... Todos afirmando que *yo lavaba los trapos sucios* con mi lavadora *XCleanLife 3.200 Turbo*.

No me sorprendió saber que en el Centro Comercial donde adquirí la lavadora, no trabajaba ningún vendedor con las características que yo describí ante el juez. En la sección de electrodomésticos, sólo trabajaban mujeres y un hombre, que nada tenía que ver con el tipo de la voz profunda e hipnótica.

El juez, abrumado por los testimonios , decidió que estaba pasando por un episodio clasificado como “trastorno mental transitorio” que debía ser tratado en una Clínica especializada. Mi condena fue un internamiento forzoso en el Hospital Psiquiátrico Marvel hasta que mis síntomas de locura y mis “delirios” remitieran...

Y aquí estoy. Recluida pero...por poco tiempo.

Hasta ahora, sólo he dicho la verdad. Sé que mi lavadora, lava los trapos sucios pero si se lo digo a mi psiquiatra (incluso le he propuesto ir a probarlo pero no quiere) me va a tener aquí más tiempo. Herminia me ha aconsejado que diga que ya no creo en el poder de la *XCleanLife 3.200 Turbo* y que finja que mi lavadora es una lavadora normal... Y lo voy a hacer. En unas semanas, estaré en la calle de nuevo...



Así podré seguir buscando la forma de contactar con los gobiernos del mundo para ofrecer mi lavadora.

Va a ser difícil, lo sé pero ...no puedo dejar de intentarlo. Esta vez iré con más cuidado e intentaré pasar desapercibida para que nadie vuelva a dudar de mi cordura pero, entendedme, lo debo intentar. Es mi misión.

Mientras tanto, para cuando salga de aquí, pongo a mi disposición la *XCleanLife 3.200 Turbo* para todo aquel que tenga trapos sucios que lavar. He descubierto que casi todos tenemos algo que *limpiar* así que preveo que voy a tener muchas peticiones. Los turnos se establecerán por el orden de contacto y se creará una lista de espera.

Se aceptarán donativos voluntarios para sufragar los gastos de luz, detergente y suavizante.



UNA SENCILLA CUCHARA DE MADERA.

Mi madre siempre me decía que ,nunca, jamás, utilizara otra cosa que la madera para remover los guisos. A ella se lo había dicho mi abuela y a mi abuela, su tatarabuela y así, hacia atrás, toda la cadena de mujeres de mi familia habían recibido ese consejo que, con el tiempo, se había convertido en una regla casi sagrada... Nosotras, las mujeres *Sazón*, tenemos una característica diferencial que nos hace especiales: cocinamos muy bien... Tan bien que , a lo largo de la historia, hemos conseguido embauchar a amantes, hacer claudicar a enemigos, hemos provocado guerras y , también , tratados de paz... Si eres una *Sazón*, desde la más tierna infancia, has escuchado todas esas historias mientras en el horno, se iba tostando un pollo de corral, al punto justito. Ese en el que la piel esta doradita y crujiente y la carne blanquita, sedosa, melosa... Nosotras oímos “*Juliana*” y no pensamos en una mujer... pensamos en el corte de las verduritas en tiras de 3 a 5 centímetros de largo por 1 a 3 milímetros de grueso...

Todas recibimos un gran regalo en nuestro catorceavo cumpleaños : una fantástica cuchara de madera de boj, con nuestro nombre grabado en su mango de una longitud extra-large . Además de ser más larga de lo habitual, la cuchara es más plana que cóncava. Casi que la podríamos llamar pala, pero tampoco... Es la cuchara de las *Sazón*. No es una herramienta mágica. Es simple madera de boj y años de aprendizaje y consolidación de conocimientos gastronómicos de generación en generación... Hasta ahora, ninguna de nosotras ha fallado : cocinamos muy bien y tenemos nuestra cuchara... Pero, claro, si alguien de la familia tenía que perder la cuchara , esa era yo.



Lo que es cocinar, se me da fenomenal. Mis amigos me llaman, *Manos de Ángel* pero en lo que al orden (y concierto) se refiere, soy un desastre total. Cuando acabo mis suculentos platos, mi cocina parece arrasada por un huracán. Tardo más en recoger lo que ha dado de sí mi proceso creativo en la cocina que en ejecutar las recetas...Es por eso que acabo molida cuando en la mesa hay más de diez personas. Si algo tenemos las Sazón es que no nos vamos a dormir si la cocina (y la correspondiente cuchara de boj)no relucen como los chorros del oro.

Mi desgracia ocurrió en la mudanza. Después de muchos meses de espera, me habían entregado mi pisito (con cocina hecha a medida) en un pueblo a unos kilómetros de la ciudad y los nuevos inquilinos de alquiler del que dejaba, me habían pedido avanzar la fecha de entrada. De repente, tuve que empaquetar toda “mi vida” (incluida la cuchara de boj de las Sazón) en unas pocas horas y con menos cajas de las que hubiese necesitado y si yo ya tengo un problema organizativo de base, sólo me faltó la urgencia y el escaso material de apoyo , para que mi mudanza y mis paquetes (incluidas bolsas de basura, con las cosas frágiles envueltas en papel de periódico en su interior, y cerradas con cinta aislante)fueran un verdadero caos.

Sólo recuerdo que la envolví en un paño de cocina de los de rizo (para que estuviera bien protegida) y la metí en una de esas bolsas negras . Sé que la marqué con una cruz, con la cinta aislante roja pero...nunca más volví a ver la bolsa ni su contenido.



La noticia fue recibida con gran consternación por parte de mi madre, mi abuela, mi tía y mis dos primas. El boj era seleccionado por un ebanista del pueblo y lo hacía en la noche del día de nuestro nacimiento. El carpintero, evidentemente, no guardaba restos de reserva de aquellas maderas : según la tradición sólo se podía crear una única cuchara...

Mi madre, a la que el apellido Sazón le pesó menos que el amor maternal, siguió queriéndome igual pero el resto de las mujeres de la familia me retiraron la palabra. Desesperada, me dediqué a buscar la cuchara de boj que más se asemejara a la nuestra , ya no por las Sazón si no por mí misma. Mis platos no eran lo mismo si no los removía y achuchaba con mi cuchara de madera.

Hace un mes, paseando por un mercadillo de frutas y verduras, me topé con una parada llena de objetos de madera para la cocina: tenedores, cucharas, boles, morteros, ollas, platos...Un hombre anciano, estaba sentado en medio del tenderete, mientras sus manos trabajaban la madera en lo que parecía : ¡Una cuchara!. Iba a empezar a sacar la madera de la cazoleta cuando lo interrumpí y le pregunté si podía hacer la cuchara un poquito más plana. El hombre sonrió y me hizo un signo de afirmación con la cabeza. Mientras continuaba su trabajo me preguntó : ¿Estás casada? Y yo le contesté, para darle conversación y agradecerle su dedicación exclusiva que no había tenido mucha suerte y que el amor, se me escapaba de las manos cada dos por tres.

La segunda pregunta se refería a mi trabajo. Le expliqué la verdad : aunque siempre había querido ser cocinera, no había pasado de ayudante rasa en restaurantes de gran prestigio. Casi había acabado cuando me planteó la tercera cuestión que se refería a la cuchara. Le expliqué la historia de mi familia y lo dolida que estaba con su comportamiento por mi extravío involuntario.



Me entregó una cuchara que casi, casi, podía haber pasado por la mía original. Lo único que faltaba, era grabar mi nombre en la madera. Alentada por la buena disposición del anciano, se lo pedí con amabilidad. Me respondió que sí, que lo haría pero que al grabar mi nombre, se activaría su magia . Al oír su cháchara sobre sus poderes mágicos, me arrepentí de habérselo pedido pero, no pude ni quise pararlo cuando las letras empezaron a aparecer en la madera.

Cuando me iba, el hombre se levantó de la silla y puso su mano en mi hombro. Acercó su rostro arrugado y me susurró : la magia estará en las tres preguntas

De vuelta a casa, coloqué la cuchara en el bote que le tocaba, cerca de los fogones, preparada para actuar. Intenté recordar qué me había preguntado el anciano : Si estaba casada, en qué trabajaba y por qué quería una cuchara con aquella forma...Pensé en las preguntas y las respuestas y después, miré la cuchara. La observé detenidamente. La volví a mirar. ¿Qué magia ni qué ocho cuartos?. Era una cuchara bonita, con mi nombre...y casi, casi, como las de *la Sazón*.

La primera pregunta tuvo su respuesta mágica , unos días después. Tengo un amigo que es muy, muy amigo. Tanto, tanto, tanto, que no me he atrevido nunca a decirle que estoy locamente enamorada de él. Prefiero optar a su amistad que a no tenerlo en mi vida.

Disimulo cuando me explica sus últimas aventuras amorosas y aparento normalidad (pero me muero por dentro). Lo invité a cenar (para probar mi cuchara nueva) cómo había hecho cientos de veces, pero ese día, tras degustar una deliciosa crema de coco con filamentos de miel crujiente y nieve de cacao puro , me clavó su mirada profunda y me confesó su amor apasionado, acumulado a lo largo de los años...



Estamos planeando nuestra boda que deberemos aplazar unos meses porque he conseguido trabajo como Chef en el afamado “*Maison Le Cicircot*”. Debía acudir a la entrevista de selección con una de mis mejores recetas . Así que con mi cuchara nueva, preparé una lasaña natural de calabaza y verduritas con una suave compota de manzana gratinada que me llevó directa al puesto de finalista y , tras la recreación del postre sublime del día en el que él me declaró su amor, conseguí el puesto de trabajo. ¡Aún no me lo creo!

Con estos dos hechos prodigiosos, se me dan las respuestas mágicas a las preguntas que me formuló el señor de las cucharas pero estoy algo desconcertada con la tercera. Sólo recuerdo que le expliqué lo molesta que estaba , sobre todo con mis primas por el vacío familiar al que me estaban sometiendo ya que sólo por afinidad generacional me debían haber comprendido...Se han enterado de mi nuevo trabajo en el prestigioso “*Maison Le Cicircot*” y me han llamado para cotillear. Están muertas de envidia : todas las mujeres Sazón queremos ser cocineras...y lo mío, es un éxito sin precedentes.

Las he invitado a cenar... Para hablar y para limar asperezas...He encontrado una receta sorprendente : una ensalada de tréboles, endivia y canónigos, con cebolla caramelizada y semillas de beleño. No sé cómo conozco los efectos del beleño pero sé que la ingestión de más de 150 semillas por adulto puede ocasionar la muerte. Y que produce dolor de cabeza, embriaguez, retención de orina y espasmos de los músculos de la mandíbula. Mi ensalada, no lleva más de 100 semillas así que no hay peligro vital...y aunque tenga efectos secundarios, el plato es delicioso.

¿O he puesto 300 semillas en la ensaladita?...Mira, no lo sé. Soy tan despistada y tan, tan desorganizada que hasta perdí la cuchara de las Sazón, en una simple mudanza...



UNA SENCILLA ESCOBA.

El mundo de la escoba ha evolucionado mucho... Por lo menos, en lo que se refiere a su diseño exterior y ornamental porque en lo de la funcionalidad, sigue siendo lo mismo : un palo y un haz de esparto, de plástico o de partículas electromagnéticas X27... Dicen que la primera estaba hecha de un tronco y ramas y que un iluminado, descubrió que con un movimiento de vaivén, conseguía arrastrar hojarasca y otras cosas...

Aunque me he dejado tentar por la eléctrica, con aspirador incorporado, siempre he tenido una escoba de las de siempre en mi armario de la limpieza. Esta de la que os hablo, es una escoba nueva. Tras una de esas tormentas que convierte en un barrizal la terraza de mi casa, dejé mi escoba típica ya para el arrastre... Era necesario reponerla, así que en un acto de compra impulsiva adquirí una moderna escoba con estampado “print” de leopardo.

La escoba era, cuanto menos, divertida...La dejé en el armario, colgada en la pared, hasta ese día en el que el carpintero vino a reparar unas molduritas y se fue, dejándome las molduritas preciosas y un montón de serrín en el suelo...Decidí barrer lo gordo, en vez de aspirar y así, como quien no quiere la cosa, me puse a la labor con mi escoba de leopardo.

Me dio por canturrear mientras estaba a lo mío, cuando noté una extraña vibración en las manos. Dejé de cantar y de barrer y sostuve la escoba con atención... El palo vibraba...La solté, por si las moscas, y la dejé hacer en el suelo, donde se desplomó, con su estampado *print*, tiesta y quietecita... Al recogerla de nuevo, la examiné con atención, buscando algún compartimento para pilas o una batería, no fuera a ser que funcionara por vibración para favorecer el movimiento de...escobar.



El palo parecía hermético y nada alteraba aquella superficie pulida. No había compartimientos, ni ranuras, ni pestañas, ...nada.

El serrín seguía amontonadito en el suelo así que seguí barriendo pero...aquella escoba de leopardo, inició de nuevo su vibración... No la solté. Todo lo contrario, la apreté con fuerza entre mis manos y entonces, sentí que las ondas llegaban al haz de esparto y empezaba a ondularse. En unos segundos, la escoba cobró vida.

La energía ondulante se transmitió por mis manos hacia todo mi cuerpo y me invadió una extraña excitación. Sin saber por qué, me pareció de lo más indicado, abrir las piernas y colocarme la escoba entre ellas. En ese momento, las vibraciones aumentaron a la vez que mi sonrojo...Confieso que lo primero que pensé (si mi estado exaltado me permitía pensar algo) es que me había comprado una *escoba-consolador* y que el concepto “barrer” iba a adquirir otro significado. Me hubiese gustado que aquel artefacto se hubiese convertido en un gran juguete sexual. No hubiese estado nada mal pero...no. La naturaleza de aquel acto era otro.

Cuando me aposenté , a horcajadas, un algo invisible se amoldó a mi cuerpo . De no se sabe dónde, una estructura incorpórea tomó la forma de un sillín de motocicleta. Me encontraba cómodamente sentada , a la vez que la vibración se había convertido en un débil ronroneo...¿O un rugido?

En ese momento, la decepción ante mi experiencia sexual frustrada con la escoba, fue sustituida por la expectación. Mi cuerpo se inclinó hacia el palo , atraído por una fuerza magnética invisible y me vi en posición Harry Potter. Lo único que me hacía diferente es que en vez de volar, mis pies estaban firmemente plantados a ambos lados de la escoba. – *¿Y qué?, pensé-¿Qué debe pasar ahora?...*



Nadie me veía, estaba sola en una habitación vacía, recién pintada y con sus molduras restauradas...

¿Por qué no intentar levantar los pies, a ver si me sostenía...en el aire?. Nadie vio como levantaba un pie, después el otro y después...aterrizaba con mi trasero en aquel suelo lleno de serrín.

La escoba no volaba.

Me levanté, sacudí mis pantalones negros del polvillo y me centré en recuperar la cordura, olvidar mi momento idiota y acabar con mis tareas de limpieza...

Llevaba unos minutos barriendo cuando, la escoba volvió a vibrar. Y yo... me volví a montar en ella. Había algo, que no identificaba, que me atraía hacia el artilugio. De forma irremediable...

Volvió a materializarse (pero no), aquel sillín ergonómico y allí, estaba de nuevo : montada en la escoba leopardo , que rugía...

Moviéndome torpemente, llegué hasta la puerta de casa y salí a la calle.

Vivo en una zona alejada de la ciudad y la avenida estaba desierta. La escoba me obligó a encararme hacia la carretera. Acaricié el palo y aquello pareció acelerarse. De repente, mis extremidades inferiores dejaron de obedecerme y se convirtieron en parte de aquella estructura incorpórea. Empecé a correr, con la escoba entre las piernas, dando unas zancadas felinas, cada vez más amplias, cada vez más rápidas...



En unos minutos, había recorrido más de cincuenta kilómetros, llegando al pueblo vecino... Parada en la Calle Mayor, con la escoba y mi expresión de estupefacción, los vecinos me miraban con extrañeza. Me di cuenta que tenía el rostro lleno de insectos que se habían estrellado en mi cara, en mi carrera veloz con la escoba.

Para que nadie viera mi “vuelta a casa”, me puse la escoba en el hombro y me dirigí a la entrada del pueblo. Una vez allí, volví a sentarme en la escoba , acaricié con más fuerza el palo y en menos de un par de minutos, estaba en la puerta de mi casa.

La aceleración había sido infernal pero la adrenalina y la sensación de velocidad “mágica” me tenían en un estado de excitación total. Examiné mi cara en el espejo y me la lavé .¡Cuantos mosquitos!. La ropa que llevaba, se había desgarrado y los flecos de mi camisa y mis pantalones me daban un aspecto ridículo pero...¡Tenía una escoba que me permitía recorrer distancias kilométricas en segundos!...

Investigué en Internet y descubrí que había otros en mi misma situación. No todas las escobas del fabricante tenían esta característica pero, algunas, sí. Los *elegidos* habían formado un grupo de *Escobards* en el que se proveía de información a los novatos. Siguiendo sus instrucciones ,me compré un mono de motorista y un casco *con print* de leopardo y estudié las posibilidades de mi escoba.

Ahora soy la propietaria de la empresa de Transporte Exprés “Pirula”. La más rápida del sector... Las cosas me van muy bien y, además, viajo muchísimo (tengo la intención de no dejarme ningún lugar del planeta por conocer).

En estos últimos tiempos, he trabado una relación *amistosa-pero-más* con un *Escobard print* jirafa . Se puede desplazar, en vertical, a la altura que quiera y está trabajando , recopilando datos, en importantes investigaciones de fenómenos meteorológicos.



Gracias a él, he mantenido más contacto con la Comunidad de *Escobards* (cuando nos cruzamos por esos mundos, nos hacemos el saludo de la V,s) .

Los últimos mensajes del Grupo alertan sobre un nuevo modelo de Escoba que los fabricantes pretenden sacar al mercado en los próximos meses. No sabemos qué propiedades poseerá pero...

Nos hemos propuesto alertar de esta circunstancia y a mí me ha tocado la misión de difusión del mensaje.

Este libro de “Objetos sencillos que tienes en casa”, me ha parecido un buen lugar para insertar nuestro mensaje.

Ahí va:

Atención : a partir del mes que viene, se van a comercializar escobas con estampado de vaca. Si las de leopardo son veloces y las de jirafa, van como cohetes... ¿Cómo serán las propiedades mágicas del print vaca?...

Meditad vuestra decisión de compra. Ante la incertidumbre y hasta que no tengamos más datos, recomendamos no adquirirlas. Pasadlo a los que estén en riesgo de comprar una escoba el próximo mes.



UN SENCILLO VASO

Es tímido. ¡Qué se le va a hacer!

Intenta esconderse cuando me atisba, abriendo la puerta. Se pone de un color rojo intenso cuando acerco mi mano, para alcanzarlo. Si lo rodeo con mis dedos, y me lo llevo a la boca, me parece escuchar un gemido... No sé si es de disgusto o de placer .

Es tan vergonzoso y me cuesta tanto pillarlo , que nunca sé di debo cogerlo o no. Tampoco se lo quiero hacer pasar mal pero, claro, sirve para lo que sirve y si lo tengo que usar, lo uso.

Cuando lo tengo en mis manos y lo acerco mis labios, siempre espero que me diga algo pero, no. No habla. Sólo se mueve, para alejarse de mi sed voraz.

Sólo lo utilizo cuando no tengo otro a mano. Es mi último recurso y parece que él lo sabe. Mis amigas me dicen que lo trato como un objeto pero es que eso es lo que es, un simple objeto. Para usar aunque... yo nunca lo tiraría.

Ese es un problema que tengo : me cuesta deshacerme de las cosas a las que tengo cariño... Y este, me lo pasó una amiga a la que adoro. Esta actitud amorosa hace que mis armarios estén llenos. De todos los colores y formas, de diferentes tamaños...

Hace unos días, lo encontré acompañado. Me ha alegrado que tuviera pareja. Ya me va bien que sean dos. A veces, necesito dos a la vez...Por ejemplo, esta noche que tengo una cena romántica que espero que prospere en algo menos romántico... ¿Os dije que tengo una sed voraz?



He abierto la puerta del armario y los he oído cuchichear. Inmediatamente, he percibido el sonido del *frus-frus* que hace la cerámica al deslizarse por la madera . Han encontrado un hueco detrás de las tazas de café de topitos negros y blancos que les habrá parecido un buen escondite, y allí se han quedado, esperando despistarme.

No lo han conseguido y haciendo caso omiso de sus protestas , los he puesto en la mesa. Junto con el resto de la vajilla y la cubertería. Estaban indignadísimos.

Mi amiga, la que me regaló el vaso de cristal rojo, me ha comentado que sería una buena idea que explicara a mi psiquiatra que poseo dos vasos tímidos que huyen y se esconden de mí para que no beba en ellos. Que los veo deslizarse, estantería arriba, estantería abajo. Que se quejan cuando los uso pero... no le he podido decir que ya lo hice. Visto el resultado, no se lo he dicho a nadie más.

Ante la total incredulidad del psiquiatra, le reté a venir a casa e intentar coger uno de los vasos. Era un tipo muy guapo y esa visita terapéutica , se convirtió en una cita en toda regla.

Vino a cenar a casa. Yo ya tenía la mesa preparada a excepción de los dichosos vasos. Abrió el armario y los vasos empezaron a escabullirse. Se puso muy nervioso y cuando por fin, alcanzó a uno de ellos, el vaso profirió un grito de furia . Algo pasó. No sé qué exactamente pero, la mano de mi psiquiatra se volvió de un color rojo, como el del vaso y le empezó a escocer... y a quemar. Se fue de mi piso, como alma que lleva el diablo (aunque más que el Diablo fue un vaso) y tras recibir la llamada de anulación de todas mis citas de terapia ,nunca más he sabido de él.



No he vuelto al psiquiatra. No estoy loca. Son los vasos los que lo están y no sé si hay psiquiatras de vasos así que, prefiero dejar el tema como está.

No es nada grave. Lo que pasa es que son tan tímidos, que sólo dejan que sea yo la que los toque...



UNA MANTITA DE GANCHILLO

Me cobijo bajo la manta de ganchillo y cuento hasta tres.

Uno, dos, tres...

Ya he desaparecido. No estoy. Los que están conmigo, levantarán la manta y no encontrarán nada. Un espacio vacío. Una huella de mi cuerpo, aún tibia, marcada en el sofá pero yo...no estaré ahí.

Habrá unos minutos de desconcierto. Palparán los cojines del sofá, incluso los sacarán buscando un mecanismo que, aunque oculto, les proporcione la dosis de lógica para explicar cómo es posible que antes estuviera ahí y, ahora, ya no.

Cogerán la manta, que ya no es mía, y la sacudirán. Mirarán por debajo y por encima hasta que alguien confirme, con total certeza, que yo no estoy allí.

Entonces, se desatará la histeria. Los que estaban conmigo, quedaran marcados de por vida por el suceso inexplicable de “la mujer que desapareció bajo la manta”.

No importa. Me olvidaran y lo superaran...Mientras, yo, voy saltando de vida en vida...

Ya es mi décima vez y sigo sin saber dónde estoy. Es una zona intermedia, entre la manta de ganchillo y la realidad, que no sabría describir. La única palabra que me viene es “aséptica”. En unos minutos, segundos, horas, días o años apareceré debajo de mi manta, en otro sofá, o en un sillón, o en una cama...



Nadie se preguntará quién soy ni que hago allí. Convivirán con la mujer de la manta, como si hubiese estado en sus vidas, toda la vida...

Unas veces, he aparecido como madre, otras como amante, como niña, como suegra, como amiga,... En cada lugar, he desempeñado un papel y me he quedado un tiempo pero, tras unos meses y de forma irremediable, me he aburrido con esas personas que para mí, siempre eran desconocidas. Y aunque me quisieran, yo no las quería a ellas. Así que, me envolvía en la manta de ganchillo y me iba a otro lugar. Y punto.

Noto que estoy a punto deemerger de nuevo. Falta poco.

Mi abuela había tejido esa manta para mí. La había creado para protegerme de los monstruos y de la oscuridad. Si tenía miedo, sólo debía envolverme en la deliciosa pieza tejida a ganchillo y los miedos desaparecían... Supongo que algo ocurrió en algún momento de mi vida para qué, al cabo del tiempo, fuera yo, y no mis temores, la que desaparecía del lugar. He pensado que podría ser la tendencia a ser cobarde y egoísta que adquirí al crecer y madurar y que mi abuela, no tuvo en cuenta. No podía prever que aquella niña temerosa y adorable se convirtiera en...mí.

La primera vez, fue desconcertante. Dejé a mi familia y me encontré en otra. Quise volver pero nada de lo que hacía me permitía retornar al punto de partida. Más tarde, descubrí que necesitaba estar rodeada de gente para que el viaje con la manta de ganchillo, funcionara. Una vez descubierto el mecanismo de activación, en cada viaje, me he concentrado en recuperar mi vida y volver a mi sofá, con mi marido pero...no lo consigo. Podría tener que ver con la realidad de mis deseos. Pienso en mi vida monótona. Gris...



Y, realmente, nunca me apetece volver. Y sí, sé que lo estará pasando mal... pero...

Cada vez que lo hago, aparezco en un lugar que no conozco, con gente qué no sé quién es. Sólo una vez, aquella en la que aparecí como la amante de aquel famoso actor moreno y de pelo canoso (del que no puedo decir el nombre) tuve deseos de quedarme allí y de hacer desaparecer la manta pero... me fue infiel con una luchadora profesional...

Siento ese tirón que me lleva al exterior. Percibo el tenue perfume de mi manta de ganchillo. Estoy arrebuyada bajo ella, confortada por su calor. Mi cuerpo siente dolor. En los huesos, en las articulaciones... Oigo un ruido, una especie de maullido. Me preparo para sacar la cabeza y observar, por primera vez, el lugar en el que me encuentro. Reconozco la habitación. Es el salón de mi casa, en la que vivía con mi marido. Todo está polvoriento y un tanto descuidado. Abandonado.

Hay, apenas un par de muebles: una mesa y sillas y el sofá del que me acabo de levantar. No veo a mi marido y tampoco hay huellas de que esté por llegar. Aquí no hay nadie. Nadie más que yo.

En la cocina, me sorprendo de mi desorganización. Los platos sucios se amontonan en el fregadero y en la nevera, hay cuatro cosas que si no han caducado, están a punto de hacerlo. Veo cajas de comida a domicilio: chino, japonés, turco, pizza...Oigo el maullido y dirijo la vista a mis pies. Un gato se frota contra mis pantorrillas, encantado de verme. Parece que me conoce. Después, veo otro. Y otro más...



Vuelvo al sofá y me envuelvo en mi manta de ganchillo que ahora está llena de pelos de gato. Me quiero ir de aquí pero...no pasa nada. No hay otras personas...La manta no funciona.

Aquí no hay nadie.

Nadie más que yo y estos tres gatos...

OBJETOS SENCILLOS QUE TIENES EN CASA...



•

OBJETOS SENCILLOS QUE TIENES EN CASA . BY PILS

@bypils

www.nonperfect.com

Prohibida la reproducción sin autorización del autor.

Licencia: Atribución -No Comercial -No Derivadas de Creative Commons